







UNA CONSPIRACION

EN TIEMPO

DE LUIS XIII.

Novela escrita

POR EL CONDE ALFREDO DE VIGNY,

y vertida al castellano

Por D. C. C. y S.

TOMO III.

Madrid.

Imprenta de la Compañía Tipográfica.
1839.



CAPITULO XXV.

La alcoba.

Se ha visto llorar á las reinas
como simples mugeres.

CHATEAUBRIAND.

Mientras que los allegados de un príncipe trabajaban tanto por tranquilizarle, y este les manifestaba un terror que podia ser contagioso para ellos, una princesa, mas espuesta á los azares, mas aislada por la indiferencia de su marido, mas débil por su condicion y la timidez nacida de la falta de felicidad, daba por su parte egemplo de un valor muy sereno, de la mas piadosa resignacion, é infundia aliento á su asustada servidumbre: era la reina. Haria apenas una

hora que estaba dormida, cuando oyó unos gritos agudos detras de las puertas y de los gruesos tapices de su cuarto. Mandó á sus criadas que dejasen entrar á quien los daba y la duquesa de Chevreuse, en camisa y envuelta en una gran capa, vino á caer casi desmayada al pie de su lecho, seguida de cuatro azafatas y camaristas. Sus delicados pies estaban descalzos y bañados en sangre, porque se habia hecho daño al correr; gritaba llorando como un niño que un pistoletazo habia roto los postigos y vidrios de su ventana, y herídola á ella despues; que rogaba á la reina la desterrase á sitio en que estuviese mas tranquila y no quisiesen asesinarla por ser amiga de su magestad. Traía el pelo en gran desórden y arrastrándole hasta los pies; era esto lo que mas la hermoseaba, y la jóven reina creyó que habia menos negligencia en aquel modo de componerse que la que hubiera podido imaginarse.

— Querida mia ¿qué es lo que pasa? le dijo con bastante presencia de ánimo; pareceis una Magdalena, pero en su juventud y antes de arrepentirse. Es probable que si

quieren atentar contra alguno, sea contra mí, sosegaos pues.

— No señora, salvadme, protegedme, estoy cierta de que es Richelieu quien me persigue.

El ruido de las pistolas que se oyó entonces mas distintamente convenció á la reina de que no eran vanos los recelos de la de Chevreuse.

— Venid á vestirme, madama de Motteville, gritó entonces. Pero esta habia perdido completamente la cabeza, y abriendo uno de los desmesurados baules de ébano que servian en aquel tiempo de armarios, sacaba una cajita llena de diamantes de la princesa para ponerla en salvo y no prestaba atencion á sus voces. Las demas criadas habian visto sobre una ventana el resplandor de las teas, y figurándose que palacio estaba ardiendo, envolvian precipitadamente joyas, encages, vasos de oro, y hasta las porcelanas entre mantas que querian arrojar por la ventana. Llegó al mismo tiempo madama de Guimené algo mas vestida que la duquesa de Chevreuse, pero que habia tomado aun la cosa con

mas seriedad ; el sobresalto que traia infundió alguno á la reina á causa del carácter pacífico y ceremonioso porque era de todos conocida. Entró sin saludar, pálida como un espectro , y dijo con volubilidad :

— Ya es tiempo de que nos confesemos, señora ; estan atacando el Louvre , y me han dicho que viene sobre nosotros todo el pueblo de la ciudad.

El terror impuso silencio y dejó inmóviles á todas las demas.

— ¡ Con que vamos á morir ! exclamó la duquesa de Chevreuse siempre arrodillada. Ay Dios mio ! ¿ Por qué no me habré quedado en Inglaterra ? Sí ; confesémonos ; yo me confesaré en voz alta : Yo he amado... yo he amado mucho... yo he sido amada de...

— Está bien , está bien , dijo la reina , que no trato de oiros hasta el fin ; acaso no seria ese el menor de mis peligros de que nada absolutamente os cuidais.

La presencia de ánimo de Ana de Austria y la severidad de aquella segunda respuesta pusieron sin embargo algo sosegada á aquella hermosa muger que se levantó confusa , y

advirtiéndole el desorden de su traje fue á arreglárselo lo mejor que pudo á un gabinete inmediato.

—Doña Estefania, dijo la reina á una de sus criadas, la única española que habia conservado á su lado, id á buscar al capitán de guardias; ya es tiempo de que vea hombres, y que oiga algo de fundamento.

Dijolo en español, y el misterio de esta orden, dada en una lengua que las damas no comprendian, les volvió el juicio que habian perdido.

La camarista estaba rezando el rosario; pero se levantó del rincón de la alcoba en que se habia refugiado, y salió corriendo á obedecer á su ama.

Entretanto las señales de tumulto y los síntomas de terror se iban haciendo mas perceptibles debajo de las ventanas y en lo interior de palacio. Oíanse en el patio principal del Louvre el pataleo de los caballos y las órdenes de los gefes; el ruido de los coches de la reina que se estaban enganohando para huir en caso de necesidad; el estrépito de las cadenas de hierro que se ar-

rastraban sobre las losas para formar barricadas en caso de ataque; los pasos precipitados y el choque de las armas de las cuadrillas de hombres que corrían por los corredores; y las voces sordas y confusas del pueblo que, semejantes al murmullo de las olas del mar, crecían y se debilitaban, se alejaban y acercaban alternativamente.

Abrióse nuevamente la puerta, y aquella vez fue para dar entrada á una lindísima muger....

— Os estaba esperando, querida María, dijo la reina alargando los brazos á la duquesa de Mantua; vos habeis tenido mas ánimo que todas nosotras, pues venis convenientemente aderezada para ser vista de toda la corte.

— Felizmente no me habia acostado, respondió la jóven princesa de Genzaga bajando los ojos, y he visto á todo ese pueblo desde mis ventanas. ¡O señora, señora, huid! ruegoos que os pongais en salvo por las escaleras secretas permitiéndonos quedár en vuestro lugar; podran equivocarse á una de nosotras con la reina, y, añadió derramando una

lágrima, acabo de oír voces de muerte. Salvaos, señora; yo no tengo trono que perder, y vos sois hija, esposa y madre de reyes; salvaos y dejadnos aquí.

— Vos teneis que perder mas que yo, amiga mia, en hermosura, juventud, y espero que en felicidad, dijo la reina con amable sonrisa y dándole á besar su hermosa mano; quedaos en mi alcoba, yo lo quiero así, y seremos dos. El único favor que recibiré de vos, hermosa niña, que me traigais aquí á la cama esa cajita de oro que mi pobre Motteville ha dejado por tierra, y que encierra cuanto yo poseo de mas precio para mí.

Y al recibirla luego de las manos de Maria, añadió al oído de esta; si me sucede alguna desgracia, júrame que la cogerás para arrojarla al Sena.

— Sereis obedecida, señora, como mi bienhechora y segunda madre, respondió llorando.

Iba no obstante creciendo el ruido del combate que se daba sobre los pretiles, y los vidrios de las ventanas reflejaban con frecuencia el resplandor de los tiros cuyas, detona-

ciones se oían. El capitán de guardias y el de los suizos mandaron á pedir órdenes por doña Estefania.

— Les doy permiso para entrar, dijo la reina. Poneos hácia aquí, señoras; en este momento soy hombre y debo serlo. Y alzando luego las cortinas de su cama, prosiguió dirigiendo la palabra á los dos oficiales.

— Acordaos primeramente, señores, de que respondeis con vuestras cabezas de los príncipes mis hijos; ya lo sabeis, señor de Guitaut.

— Me acuesto detras de su puerta, señora; pero esto movimiento no amenaza á ellos, ni á V. M.

— Está bien, no penseis en mí sino despues de ellos, interrumpió la reina, y protegéd indistintamente á cuantos se vean amenazados. Vos me escuchais tambien, señor de Bassompier; sois caballero, olvidad que vuestro tío está aun en la Bastilla y cumplid con vuestro deber cerca de los nietos del difunto rey su amigo.

Era este un joven de franca y jovial fisonomía: V. M. puede ver, dijo con un ligero

acento alemán, que solo olvido á mi familia, y no á la suya. Y enseñó su mano izquierda á la que faltaban dos dedos que le acababan de cortar.

— Todavía tengo otra mano, dijo saludando al retirarse con Guitaut.

Conmovida la reina se levantó inmediatamente, y á pesar de las súplicas de la princesa de Guimené, el llanto de María de Gonzaga y las voces de madama de Chevreuse, quiso asomarse á la ventana, y la entreabrió apoyada en el hombro de la duquesa de Mantua.

— ¿Qué es lo que escucho? dijo; efectivamente gritan: Viva el rey!.. Viva la reina!..

Creviendo el pueblo reconocerla, esforzó sus voces en aquel momento, y se oyó: Abajo el Cardenal! Viva el señor Mayor!

Estremeciose María.

— Qué es lo que teneis? le dijo la reina observándola; pero como no respondía y temblaba como una azogada, aquella buena y cariñosa princesa hizo como que no lo advertía, y prestando la mayor atención á los

gritos y movimientos del pueblo, creció otra vez en ella la zozobra que no tenia ya desde el primer nombre que habia llegado á sus oidos. Cuando al cabo de una hora vinieron á decirle que la muchedumbre solo esperaba una señal de su mano para retirarse, la hizo con amabilidad y con el semblante satisfecho; pero en satisfaccion estaba lejos de ser cumplida, porque el fondo de su corazon estaba alterado por muchas cosas y especialmente por el presentamiento de la regencia. Mientras mas se inclinaba sobre la ventana para manifestarse, mientras mas contemplaba aquella repugnante escena que la naciente aurora alumbraba ya sobradamente con sus rayos, el terror volvía á su corazon á medida que mayor necesidad tenia de aparentar sosiego y confianza, y su alma se entristecia con la jovialidad de sus palabras y de su rostro. Espuesta á las miradas de todos, reconocia que era mager y estremecíase de ver á aquel pueblo que acaso tendria que gobernar en breve, y que ya sabia pedir la muerte de alguien y llamar á sus reinas.

Saludó pues.

Ciento cincuenta años despues, repitió el mismo saludo otra princesa, nacida como ella de la sangre de Austria, y como ella reina de Francia. La monarquía sin base, tal como la creó Ricœlieu, nació y murió entre estas dos salutations.

La princesa mandó por último cerrar sus ventanas, y se apresuró á despachar su tímida servidumbre. Cayeron las gruesas cortinas sobre los pintoreados vidrios, y no entró ya en la habitacion una luz que aborrecia; alumbrábanla en lugar suyo gruesas hachas de cera blanca que ardan en candelabros que, á guisa de brazos de oro, salian de las ajustadas y flordelisadas tapicerías de que estaban colgadas las paredes. Quiso quedarse sola con María de Mantua, y encerrada que estuvo con ella en el recinto que formaba la balaustrada real, se dejó caer sentada sobre su lecho, fatigada de su valor y de sus sonrisas, y empezó á deshacerse en llento apoyada sobre su almohada. Maria estaba de rodillas sobre el escabel de terciopelo teniendo una de sus manos agraviada

con las suyas, y sin atreverse á hablar la primera, apoyaba en ellas temblando su cabeza, porque nunca se habia visto una lágrima sobre los ojos de la reina.

Así permanecieron algunos minutos, al cabo de los cuales incorporándose la princesa con trabajo, le habló de este modo.

—No te aflijas, hija mia, y déjame llorar; esto alivia tanto cuando se reina! Si ruegas á Dios por mí, pídele que me dé fuerzas para no aborrecer al enemigo que por todas partes me persigue, y que con su desmesurada ambicion perderá á la familia real de Francia y á la monarquía; le reconozco todavía en lo que acaba de pasar, le veo en esas tumultuosas sublevaciones.

—¡Cómo, señora! ¿No está en Narbona? Porque seguramente es el cardenal de quien hablais. ¿No habeis oido que esas voces eran á vuestro favor y en contra suya?

—Sí, amiga mia, está á trescientas leguas de nosotros, pero su fatal genio vela sobre esta puerta. Si se han dado esos gritos, es porque él lo permite; si se han juntado esos hombres, es porque no ha llegado todavía

la hora que ha señalado para perderlos. Creeme, yo le conozco, y he pagado cara la ciencia de esa alma perversa; me ha costado todo el poder de mi clase, los gustos de mi edad, el cariño de mi familia, y hasta el corazón de mi marido; me ha aislado de todo el mundo; ahora me encierra en una barrera de honores y respetos, y no ha mucho se atrevió á intentarme á mí misma un proceso criminal con escándalo de toda la Francia; me han hecho firmar que era delincuente, pedir perdón al rey de una falta que ignoraba; por último debí al celo y al encarcelamiento, perpetuo tal vez, de un fiel criado (1), la conservación de esa cajita que has salvado. Veo por tus ojos que me crees muy asustada, pero no te alucines como le sucede á toda la corte en este momento; vive segura de que ese hombre está en todas partes y que sabe hasta nuestros pensamientos.

(1) Llamábase Laporte. Ni el temor de los suplicios, ni el cebo del oro del Cardenal le arrancaron una palabra de los secretos de la reina.

— ¡Cómo, señora! ¡ Ha de saber todo lo que han gritado esas gentes debajo de vuestras ventanas, y los nombres de aquellos que los envían?

— Sí, seguramente lo sabe con anticipación; lo prevee; lo permite, lo autoriza para comprometerme á los ojos del rey y tenerle eternamente separado de mí; quiere acabar de humillarme.

— Pero no obstante el rey no le quiere ya de dos años á esta parte; es otro á quien quiere ahora.

La Reina se sonrió; contempló algun tiempo silenciosa las facciones inocentes y puras de la hermosa María y sus ojos llenos de candor que la miraban con languidez; apartó los negros rizados que cubrian su frente, y pareció que sus miradas y su alma descansaban al ver aquella inocencia maravillosa expresada en tan hermoso rostro; besóle la mejilla, y repuso:

— Tú no sospechas, pobre ángel, una verdad tristísima, y es que el rey no quiere á nadie; y que aquellos que parecen disfrutar

de que los abandone y arrojándolos á aquel que lo da lo engulle y devora.

— ¡Ay Dios mio; ¿qué me decís?

— ¿Sabes de cuántos ha causado la perdicion? prosiguió la reina en tono mas bajo, y mirando á sus ojos como para leer en ellos todo su pensamiento y darles á entender el suyo; ¿sabes el fin que han tenido sus favoritos? ¿te han contado el destierro de Baradas, el de San Simon, el convento de la Fayette, la vergüenza de Hautefort y la muerte de Ghaláis? Todos cayeron ante una órden de Richelieu á su señor, y su vida habria sido pacífica sin ese favor que tú piensas que es amistad; pero esta amistad es mortal, es un veneno. Mira, ahí tienes un tapiz que representa á Semelá; los favoritos de Luis XIII se asemejan á esta muger, su afición devora como ese fuego que la destumbra y abrasa.

Pero la duquesa no se hallaba ya en estado de oír á la reina; continuaba fijando sobre ella sus grandes ojos negros empañados por un velo de lágrimas; sus manos temblaban dentro de las de Ana de Austria; y sus

lábios se estremecían convulsivamente.

— Soy muy cruel, ¿no es verdad, María? prosiguió la reina con un tono dulcísimo de voz, y acariciándola como á un niño á quien se quiere sacar una confesion; sí, soy muy mala seguramente! nuestro corazon es muy sensible, y tú no podias ya mas, hija mia; vamos, dime, ¿cómo te encuentras con Cinq-Mars?

El dolor se abrió paso al oír esta palabra, y arrodillada siempre María á los pies de la reina, derramó á su vez en el seno de esta buena princesa un diluvio de lágrimas con sollozos infantiles y moviendo con tal violencia la cabeza y sus hermosos hombros, que parecia que su corazon iba á hacerse pedazos. La reina guardó largo rato el fin de aquel primer movimiento, meciéndola con sus brazos como para calmar su dolor y repitiendo con frecuencia: ¡Hija mia! vamos, hija mia! no te aflijas de ese modo.

— Ay, señora! exclamó, he sido muy culpable con vos, pero no conté con ese corazon; he hecho muy mal y acaso me verá muy castigada por ello. Pero ¡ay! ¿Cómo me hu-

biera atrevido á hablaros de esto, señora? No era lo difícil para mí abrir mi corazón; era confesaros que tenia necesidad de que leyesen en él.

La reina reflexionó un momento como para recoger sus ideas, y poniéndose el dedo sobre los labios:

— Teneis razon, prosiguió luego, teneis mucha razon, María; pronunciar la primera palabra nos cuesta siempre mucho, y esto nos pierde con frecuencia; pero es preciso, y sin esta ceremonia nos faltaría poco para perder la dignidad. ¡ Ah! ¡ qué difícil cosa es reinar! Hoy, por ejemplo, que quiero bajar á vuestro corazón, llego demasiado tarde para poderos ser útil.

María de Mantua bajó la cabeza sin responder.

— ¿Será menester recordaros que os he adoptado casi como hija primogénita, que despues de haber procurado que os casaseis con el hermano del rey, os preparaba el trono de Portugal? ¿Será menester mas, María? Sí, es menester darte una prueba mas, y por tí lo haré: si luego no me descubres

todo tu corazón, he juzgado mal de tí. Abre por tu mano esa cajita de oro, aquí tienes la llave; ábrela sin miedo, y no tiembles como yo.

La duquesa de Mantua obsdeció perpleja, y dentro del cincelado cofrecito vió un cuchillo de tosca hechura, cuyo puño era de hierro y la hoja muy mohosa; estaba colocado sobre algunas cartas plegadas con cuidado encima de las cuales se leía el nombre de Buckingham. Quiso levantarlas, pero Ana de Austria la detuvo diciéndole:

— No busques nada mas, ese es todo el tesoro de la reina... Es un tesoro, sí; porque es la sangre de un hombre que no vive ya, pero que vivió para mí: era el mas gallardo, el mas esforzado, el mas ilustre de los grandes de Europa; él se adornó con los diamantes de la corona de Inglaterra para agradarme á mí; él dió origen á una guerra sangrienta y armó escuadras que mandó en persona, por tener el gusto de combatir una vez contra aquel que era mi marido; él atravesó los mares por cojer una flor que yo habia pisado, y arrojó el peligro de la muerte por

besar y empapar en lágrimas los pies de este lecho en presencia de dos damas de mi corte. ¿Diré mas? Sí, te lo digo á tí.. yo le amé, yo le amo todavía en lo pasado mas de lo que se puede amar con amor. Pues bien, él ño lo supo nunca, ni nunca lo adivinó: esta cara, estos ojos han sido de mármol para él, mientras que mi corazon se abrasaba y rasgaba de dolor: pero yo era reina de Francia...

Aqui Ana de Austria apretó fuertemente el brazo de María.

— Atrévete á quejarte ahora, prosiguió, si no has podido hablarme de amor, y atrévete á callar cuando acabo de decirte estas cosas.

— ¡Ah! sí señora; yo me atreveré á participaros mi pena, una vez que sois para mí. . . .

— Una amiga, una muger, interrumpió la reina; he sido muger por el sobresalto que te ha hecho saber un secreto de todos ignorado; he sido muger, ya lo ves, por un amor que sobrevive al ser adorado... Háblame, háblame; ya es tiempo...

— Al contrario, no lo es ya, repuso María con una sonrisa forzada; M. de Cinq-Mars y yo estamos unidos para siempre.

— ¡Para siempre! exclamó la reina; ¿en qué estais pensando? ¿Y vuestra clase? ¿Y vuestro nombre? ¿Y vuestra fortuna? ¿Está todo perdido? ¿Reservabais tal desesperación para vuestro hermano el duque de RetHEL y á todos los Gonzagas?

— Cuatro años hace que estoy pensando en ello, y me he decidido: ha diez dias que estamos desposados.

— ¡Desposados! exclamó la reina palmeoteando con las manos; os han engañado, María. ¿Quién se habria atrevido á hacerlo sin órden del rey? esa es una intriga que yo quiero saber; estoy segura de que os han seducido y engañado.

Recogióse un instante María, y dijo:

— Nuestra afición, señora, no pudo ser mas natural. Ya sabeis que yo vivia en el antiguo castillo de Chaumont, en casa del mariscal de Effiat, padre de Cinq-Mars.

Habíame retirado alli para llorar á mi padre, y á poco sucedió que él tuvo que la-

mentar tambien la pérdida del suyo. En aquella numerosa familia tan afligida no encontré mas que su dolor que fuera tan profundo como el mio; todo lo que él decia lo habia yo pensado ya, y cuando llegamos á hablarnos de nuestras penas las encontramos tan parecidas! Como yo habia sido la primera en desgracia, sabia mas de tristeza, y procuraba consolarle contándole lo que habia padecido, de modo que por compadecerme se olvidaba de sí propio. Este fué el principio de nuestro amor que, ya lo veis, nació casi entre dos sepulcros.

— ¡Dios haga, querida mia, que tenga un término feliz! dijo la reina.

— Asi lo espero, señora, supuesto que rogais por mí, prosiguió María; ademas todo ahora se me presenta risueño, y entonces era muy desgraciada. Llegó un dia al castillo la noticia de que el Cardenal llamaba al ejército á Cinq-Mars; parecióme que perdía nuevamente una persona de mi familia, y sin embargo éramos estraños. Pero M. de Bassompierre no dejaba de hablar todos los dias de batallas y de muerte; todas las no-

ches me retiraba turbada y me pasaba llorando hasta la mañana. Al principio creía que mis lágrimas corrían aun por lo pasado, pero eché de ver que era por lo venidero, y conocí muy bien que no podían ser ya los mismos lloros, cuando los deseaba ocultar.

Pasóse algún tiempo en la expectativa de este viaje; yo le veía todos los días, y le compadecía de que se fuera; porque me decía á cada momento que habria querido vivir eternamente como entonces, en su país y en compañía nuestra. Así estuvo sin ninguna ambición hasta el día de su marcha, porque no sabía si era... No me atrevo á decirlo á V. M.

Sonrojada María bajaba sus húmedos ojos sonriéndose.

—Vamos, dijo la reina, el era amado, ¿no es verdad?

—Y por la noche, señora, se marchó ya con ambición:

—Efectivamente que lo han echado así de ver. Pero por último se marchó, dijo Ana de Austria descargada de alguna zozobra.

Mas ha vuelto al cabo de dos años y le habeis visto...

— Rara vez, señora, dijo la jóven duquesa con alguna altivez, y siempre ha sido en una iglesia y delante de un sacerdote ante el cual prometí ser solo de... Cinq-Mars.

— ¿Y es eso un casamiento? ¿Se han atrevido á hacerlo? Yo lo sabré. Pero ¡Dios mio! cuántas faltas! cuántas faltas, hija mia, has cometido en esas pocas palabras que oigo! Déjame pensar sobre ello.

Y hablando la reina consigo misma en voz alta, prosiguió con la cabeza y los ojos bajos en actitud de reflexionar:

— Las reconvenciones son inútiles y crueles si el mal está hecho; lo pasado no es nuestro ya, pensemos en lo venidero. Cinq-Mars vale mucho por sí, es bizarro, entendido y aun profundo en sus ideas; yo le he observado, ha andado en dos años mucho camino, y ahora veo que era por Maria..... Condúcese bien, y es digno, sí, digno de ella á mis ojos; pero no á los de Europa. Es menester que se encumbre mas todavía; la princesa de Mantua no puede casar menos

que con un príncipe. Seria necesario que él lo fuera. Yo por mi parte no puedo hacer nada, no soy reina, sino esposa desdeñada del rey. No hay nadie mas que el Cardenal, el eterno Cardenal... y él es su enemigo, y acaso este motin....

— ¡ Ah ! es el principio de la guerra entre los dos. Demasiado lo acabo ha poco de ver.

— Pues está perdido ! exclamó la reina abrazando á María. Perdóname, hija mia, te destrozo el corazon, pero hoy debemos verlo y decirlo todo ; sí, está perdido, como derribe por sí mismo á ese mal hombre ; porque el rey no lo hará, solo la fuerza...

— Le derribará, señora ; lo hará si vos le ayndais. Vos sois la divinidad de la Francia. ¡ Oh ! yo os lo ruego, protejed al ángel contra el demonio ; es vuestra misma causa, la de vuestra real familia, la de toda vuestra nacion...

La reina se sonrió.

— Y es la tuya sobre todo, hija mia, ¿ no es verdad ? y como tal la abrazaré con todo mi poder ; este es poco, te lo tengo dicho ;

pero segun es, te ayudaré con todo él; siempre sin embargo que ese ángel no descienda hasta los pecados mortales, añadió con una mirada llena de malicia; esta noche he oido pronunciar su nombre por bocas muy indignas de él.

— ¡Ay señora! juraria que nada sabia de esto.

— ¡O hija mia! no hablemos de los asuntos de Estado, que todavia eres muy novicia; déjame dormir un rato, si puedo, antes de la hora de mi tocador, tengo los ojos muy encendidos y tú tambien los tendras acaso.

Diciendo estas palabras, la amable reina reclinó su cabeza sobre la almohada que cubria la cajita, y en breve la vió María dormirse abrumada de cansancio. Levantose entonces y sentándose despues sobre un gran sillón de tapiz de grandes brazos y figura cuadrada, juntó las manos sobre sus rodillas y se puso á pensar en su dolorosa situacion: consolada con la vista de su dulce protectora, volvía muchas veces los ojos á ella para velar su sueño, y le enviaba en secreto todas

las bendiciones que el amor prodiga siempre á aquellos que le protejen; besando muchas veces los rizos de sus cabellos rubios, como si con aquel beso le hubiera de infundir en el alma todos los pensamientos favorables á su pensamiento continuo.

Prolongábase el sueño de la reina, y María meditaba y no hacia mas que llorar. Acordóse sin embargo de que á las diez tenia que asistir al tocador de S. M. delante de toda la corte; quiso dejar de reflexionar para contener sus lágrimas, y abrió un tomo grueso en folio que estaba colocado sobre una mesa embutida de esmaltes y medallones: era la *Astrea de M. d Urfé*, obra de amable galantería, embeleso de las gazmoñas de la corte. El talento ingenuo, pero esacto, de María no pudo penetrar aquellos amores pastoriles; era sobrado sencilla para comprender á los pastores del Lignon, sobrado entendida para aficionarse á sus discursos y sobrado apasionada para sentir su terneza. No obstante la mucha boga en que estaba dicha novela le prevenia de tal modo en su favor, que quiso forzarse á tomar interés en

su lectura, y acensándose interiormente cada vez que sentia el fastidio que exhalaban las páginas del libro, le ojeó con impaciencia para encontrar lo que debia complacerla y llenarla de entusiasmo: llamó su atención un grabado; representaba á la pastora Asotrea con talones altos, corsé y un desmesurado tontillo, levantándose sobre la punta de los pies para ver pasar por el río al tierno Celamon, que se ahogaba de desesperación de haber sido recibido con alguna frialdad aquella mañana. Sin penetrar los motivos de su hastío y de las mentiras acumuladas de este cuadro, buscó, haciendo correr las páginas entre sus dedos, una palabra que llamase su atención y vió la de *druida*. Ah! aquí tenemos un gran carácter, dijo entre sí, seguramente voy á ver uno de esos misteriosos sacrificadores cuyas piedras, según me ha dicho, se conservan todavía en Bretaña; pero le veré sacrificando hombres: será un espectáculo horroroso; no obstante leamos.

Diciéndose esto, María leyó con repugnancia frunciendo las cejas y casi temblando, lo que sigue:

— El druida Adamante llamó delicadamente á los pastores Pimandro , Ligdamont, y Clidamante llegado recientemente de Calais. Esta aventura no puede acabar, les dijo, sino por extremo de amor. El espíritu se transforma, cuando ama, en el objeto amado; por representar esto os hacen ver mis agradables hechizos en esa fuente la imájen de Silvia á quien amais todos. El gran sacerdote Amasis va á venir de Montbrison y os explicará la delicadeza de esta idea. Id pues, gallardos pastores; si vuestros deseos estan muy refrenados, no os atormntarán; y si no lo estan, sereis castigados con deliquios semejantes á los del pastor Celadon y de la pastora Galatea á quien el veleidoso Hércules abandonó en las montañas de Auvernia, y que dió su nombre al hermoso pais de las Gálias; ó si no sereis acaso apedreados por los pastores del Lignon, como lo fue el hurafío Amidor. La gran ninfa de esta cueva ha hecho un encanto....

El encanto de la gran ninfa fue completo sobre la primera, que apenas tuvo la fortaleza de buscar con mano desfallecida, hácia

el fin del libro, que el druida Adamante era una ingeniosa alegoría que representaba al teniente general *Montbrison*: cerráronse sus rendidos ojos, y el libro se fue escurriendo por entre su ropa hasta el cojin de terciopelo en que se apoyaban sus pies, y donde reposaron blandamente la hermosa *Astrea* y el amaute *Celadon*, menos inmóviles que *María de Mántua*, vencida por ellos y profundamente dormida.



CAPITULO XVI.

La Confusion.



SANTIAGO EL MAYOR.

¿No soy yo?

SAN JUAN.

¿Y yo tambien?

SAN PEDRO.

¿Soy yo quien está sentado aqui?

SAN ANDRES.

¿Yo tambien?

SAN SIMON.

¿No soy yo ese?

SAN JUDAS.

¿No soy yo?

SANTO TOMAS.

¿Y yo tambien?

ANTIGUO MISTERIO.

Durante aquella misma madrugada que hemos visto producir tan distintos efectos en el cuarto de Gaston de Orteans y en el de la reina, reinaban el sosiego y el silencio del estudio en un modesto gabinete de una casa principal contigua al palacio de justicia. Una lámpara de cobre de hechura gótica lu

chaba en él con la luz de la aurora, y desprendia su rojizo resplandor sobre un monton de libros y papeles de que estaba cubierta una gran mesa, alumbrando los bustos de L^o hopital, de Montaigne, del presidente Thou, el historiador y del rey Luis XIII; una chimenea bastante elevada para que un hombre pudiese entrar y aun sentarse dentro de ella, estaba ocupada por un gran fuego que ardia sobre gruesos morillos de hierro! Sobre uno de estos morillos estaba apoyado el pie del estudioso Thou, el cual estaba ya levantado y examinaba atentamente las obras nuevas de Descartes y de Grotius; escribia sobre la rodilla sus notas sobre estos libros de filosofia y de política que á la sazón eran el asunto de todas las conversaciones; pero las *Meditaciones Metafisicas* absorbían en aquel momento toda su atencion. El filósofo de Turena tenia embelesado al jóven consejero; entusiasmado muchas veces daba golpes sobre el libro prorumpiendo en gritos de admiracion; de vez en cuando tomaba una esfera colocada cerca de él, y, haciéndola girar largo rato con sus dedos, se entregaba

á las mas profundas meditaciones de la ciencia; conducido luego por su profundidad á una elevacion mas sublime, se hincaba repentinamente de rodillas delante del crucifijo que habia sobre la chimenea, estasiado de haber encontrado á Dios en los límites del espíritu humano. En otros momentos, se encajonaba entre los brazos de su gran sillón hasta el punto de sentarse casi sobre el respaldo, poniéndose ambas manos sobre los ojos, seguia interiormente la huella de los pensamientos de René Descartes desde esta idea de la primera meditacion:

—»Supongamos que estamos dormidos, y que todas estas particularidades, á saber: que abrimos los ojos, meneamos la cabeza, alargamos los brazos, no son mas que ilusiones.» Basta esta sublime conclusion de la tercera.

—«No queda mas que una cosa por decir: y es que la idea de Dios, semejante á la de mí mismo, ha nacido y producido conmigo desde el momento en que he sido creado. Y, seguramente, no debe encontrarse extraño que Dios, al crearme, haya puesto en mí esta

idea para ser como la marca del obrero estampada sobre su obra.»

Estos pensamientos llenaban enteramente el alma del joven consejero cuando se oyó un gran ruido debajo de sus ventanas; creyó que aquellos gritos prolongados eran originados por el incendio de alguna casa, y se dió prisa á mirar hácia el ala del edificio ocupada por su madre y sus hermanas, pero todos dormían al parecer, y por las chimeneas no salía ningun humo que atestiguase que habían despertado sus habitantes; bendijo al cielo, y asomándose á otra ventana, vió el pueblo de cuyas hazañas tenemos noticia, correr apresurado hácia las calles estrechas que conducen al pretíl. Despues de haber examinado aquella turba de mugeres y chiquillos, el ridículo estandarte que los guiaba, y los asquerosos disfraces de los hombres, dijo para sí: “Es alguna fiesta popular ó mojiganga del carnaval;» y despues de sentarse nuevamente á orilla de la lumbré, tomó de la mesa un gran calendario y se puso á búscar con atencion el santo que se celebraba aquel día. Miró la columna del

mes de diciembre, y encontrando en el cuarto dia de aquel mes el nombre de santa *Barbara*, se acordó de que acababa de ver pasar una especie de cañoncitos y cajas de municiones, y plenamente satisfecho de la esplicacion que acababa de darse á sí propio, se dió prisa á olvidar la idea que acababa de distraerle: volvió á entregarse á su estudio levantán lose solo algunas veces para alcanzar algun libro de los estantes de la biblioteca, y, despues de leida en ellos una frase, una línea ó una sola palabra, los ponía á su lado sobre la mesa y sobre el suelo que estaba tambien lleno de papeles, guardándose de ponerlos en su lugar por temor de interrumpir el hilo de sus meditaciones.

De repente abrieron la puerta, y le anunciaron la visita de dos personas, una de las cuales habia adquirido nombre en el foro, y la otra era particularmente conocida de él por las relaciones que tenia en la magistratura.

— ¡Como pues! ¿Por qué casualidad veo entrar á Mr. Fournier á las cinco de la mañana? exclamó; ¿tiene algunos desgraciados

que defender ó alguna familia que alimentar con el fruto de su talento? ¿ Tiene que deshacer alguna equivocacion nuestra, ó alguna virtud que despertar en nuestros pechos? porque tales son sus acostumbradas obras. O acaso venis á participarme alguna nueva humillacion de nuestro parlamento? Ay! las salas secretas del Arsenal son mas poderosas que la antigua magistratura contemporánea de Clodoveo; el parlamento se ha hincado de rodillas, y todo está perdido como no se llene de repente de hombres de vuestro temple.

— Caballero, yo no merezco vuestros elogios, dijo el abogado entrando en compañía de un hombre grave y de edad, envuelto como él en una gran capa; merezco por el contrario toda vuestra reprobacion, y casi estoy poseido de arrepentimiento, asi como el señor conde Dulude que está aqui presente. Venimos á pediros asilo para hoy.

— Asilo! ¿ y contra quien? dijo Thon haciéndoles sentar.

— Contra el pueblo mas bajo de París que nos quiere tomar por gefes, es de quien

venimos huyendo; está odioso, señor: la vista, el olfato, el oído y particularmente el tacto se resienten demasiado, dijo Dulude con una gravedad cómica: esta es una prueba harto fuerte.

— Ya, ya.. ¿Con qué esto tenemos? Eh! dijo Thon muy sorprendido, pero sin querer darle á entender.

— Si, respondió el abogado, verdaderamente, sea dicho para nosotros, el señor mayor va ya muy lejos.

— Sí, apresura demasiado las cosas, y hará abortar nuestros planes, y añadió su compañero.

— Ya! ¿Con que apresura tanto las cosas? respondió el consejero estregándose la barba y cada vez mas sorprendido.

Habia tres meses que su amigo Cinq-Mars no habia venido á verle, y él, que no pasaba cuidado por esto sabiendo que estaba en san German, gozando mucho favor y sin apartarse del rey, se encontraba muy atrasado de noticias de la corte. Embebido en sus graves estudios, no sabia nunca los acontecimientos públicos, sino cuando su publi-

idad le obligaba á saberlos; no estaba al corriente de la vida mas que en el último extremo, y con frecuencia pasaban escenas divertidísimas con sus íntimos amigos á causa de la sencillez de sus sorpresas, con tanto mas motivo cuanto que por un leve amor propio mundano queria parecer entendido en los negocios públicos, y procuraba encubrir la sorpresa que á cada paso sentia. Aque-lla vez se encontraba en esta posicion, y á su amor propio se unia ademas el interes de la amistad; no queria dar á entender que Cinq-Mars le hubiese faltado en nada, y por el honor mismo de su amigo, queria aparentar que estaba enterado de sus planes.

— Bien sabeis el estado en que nos encontramos, continuó el abogado..

— Si, por cierto; proseguid.

— Relacionado como estais con él, no ignorareis que todo se está preparando de un año á esta parte...

— Seguramente... todo se está preparando.. pero proseguid.

— Convendreis, señor, con nosotros en que el Mayor hace mal..

— Como! es segun; pero explicaos, y veré..

— Pues bien ¿ sabéis lo que se convino en la última conferencia de que os dió cuenta?..

— Ya! es decir que.. perdonad, ahora veo donde vais á parar, pero enteradme...

— Es inútil; no habeis olvidado seguramente lo que él mismo nos encargó en casa de Marion Delorme.

— Que no incluyesemos á nadie mas en nuestra lista.

Ah! si, si, entiendo, diga Thou, esto me parece muy bien pensado, muy bien pensado en verdad.

— Pues el mismo, prosiguió Fournier, es quien ha faltado á esto; porque esta mañana entre los tunos que nos trajo ese huron de abate de Gondi, se ha visto no se á que capitán vagamundo, que entre la oscuridad, arremetia con espada y puñal á los caballeros de ambos bandos gritando desahoradamente: A mi, Aabijout! tu me has ganado tres mil ducados, y ahí tienes tres estocadas. A mi, Lachapelle! vengan diez

gotas de tu sangre en cambio de mis diez doblones. Y yo le vi por mis ojos atacar á estos caballeros y á otros muchos mas de los dos partidos, con bastante lealtad por cierto, porque no les heria mas que de cara y muy en guardia, pero con mucha fortuna y una imparcialidad desesperada.

— Si señor, y yo iba á manifestarle mi parecer sobre su conducta, repuso Dulude, cuando le vi evadirse por entre la turba como una ardilla, y riendose mucho con algunos desconocidos de caras atezadas; yo no dudo de que M. de Cinq-Mars le haya enviado, porque daba órdenes á ese Ambrosio á quien vos debéis conocer, ese prisionero español, ese bribon que ha tomado por criado. A fe mia que estoy disgustado de esto, y os ruego que se lo manifesteis así amistosamente al señor caballero mayor; yo no he nacido para ser confundido con esta chusma.

— Esto, caballero, es muy distinto de la ocurrencia de Londun. El pueblo no hizo mas que levantarse sin ponerse en verdadera sublevacion; componiase además de la

parte sana y apreciable de la poblacion , indignada de un asesinato , y no estaba animado por el vino y el dinero. Su grito era contra el verdugo ; gritos de que se podia ser órgano con honor , y no esos ahullidos de furiosos hipócritas y de una porcion de gente sin casa ni hogar , salida del lodo de Paris y bomitada por sus albañales. Confieso que yo tambien estoy muy cansado de lo que veo , y he venido á suplicaros que hablaseis de esto al mayor.

Thou estaba muy embarazado durante este discurso , y procuraba en vano comprender que podria tener Cinq-Mars con el pueblo, que le habia parecido estar de diversion; por otra parte , persistia en no querer confesar su ignorancia, la cual era sin embargo completa , porque la última vez que habia visto á su amigo , no hablaba mas que de los caballos y caballerizas del rey , de la caza con alcon y de la importancia del montero mayor en los asuntos del estado , lo que no parecia indicar grandes planes en que pudiese entender el pueblo. Por último , se aventuró con temor á decirles;

—Prometo, caballero, hacer lo que Vds. me encargan; entretanto, le ofrezco mi mesa y camas por el tiempo que quieran; pero me es muy difícil deciros mi parecer en esta ocasion. Digánme Vds ¿no se ha celebrado esta mañana el dia de santa Bárbara?

—De santa Bárbara! dijo Faunier.

—De santa Bárbara! dijo Dulude.

—Si, si, se ha quemado alguna pólvora, esto es lo que quiere decir el caballero Thou, prosiguió el primero riendose. Es chistosa la ocurrencia. Si, efectivamente, creo que hoy es el dia de santa Bárbara.

Aquella vez quedó confundido Thou de su sorpresa, y quedó reducido al silencio por lo que hace á ellos, viendo que no se entendian con el consejero, tomaron tambien el partido de caballero.

Todavía estaban taciturnos, cuando se abrió la puerta y entró cojeando un poco el antiguo ayo de Cinq-Mars, el abate Quillét; traia el semblante muy inquieto, y su cara y sus palabras no habian conservado nada de su antigua alegría; solo que sus mi-

radas eran vivas , y su acento muy bronco.

— Perdon , perdon , mi querido Thou si os interrumpo tan temprano en vuestras ocupaciones, es un vilagro en un gotoso ¿ no es verdad ? Ay ! el tiempo vuela , hace dos años no cojeaba , y por el contrario estaba muy avispadocuando mi viage á Italia : verdad es que el miedo da álas á cualquiera.

Diciendo esto se acercó al hueco de una ventana , y haciendo una señal á Thon de que se llegase á hablarle continuó en voz baja :

— Poco importa que os lo diga á vos que estais en todos sus secretos ; pero hace quince dias que los desposé , como os lo habrán contado ellos.

— Sí , de veras ? dijo el pobre consejero , cayendo de Escila en Caribdis , de una sorpresa en otra mayor.

— Vamos no os hagais de nuevas ! bien lo sabcis , prosiguió el abate ; pero á fe mia que temo haber sido demasiado complaciente , á pesar de que ambos son verdaderamente interesantes por su amor ; he tenido

mas miedo por él que por ella; creo que está haciendo disparates, según el motin de esta mañana. Deberíamos consultar los dos juntos lo que debería hacerse en esto.

— Pero, dijo Thou, con mucha gravedad, por mi honor que no sé lo que quereis decirme ¿ Quien hace esos disparates?

— Vaya, amigo mio, ¿ quereis gastar conmigo misterios? eso es hacerme una injuria, dijo el buen hombre empezando á enfadarse.

— No, en verdad. Pero ¿ á quien habeis desposado?

— Todavía! Quitad alla! señor.

— Mas ¿ que motin es ese de esta mañana?

— Vos os estais burlando de mí. Me voy, dijo levantandose el abate.

— Juroos que no entiendo nada de lo que me dicen hoy, ¿ Es Mr. de Cinq-Mars?

— En hora buena, caballero, me tratais como si fuera un cardenalista; pues bien, separemonos, dijo el abate Quillet colérico,

Y agarrando el baston que le servia de muleta, salió aceleradamente sin escuchar á Thou, que fue corriendo tras él hasta el

coche procurando sosegarle , pero sin conseguirlo , porque no se atrevia á mentar á su amigo en la escalera delante de sus criados , y se atrevia á esplicar. Tavo pues el disgusto de ver marchar al viejo abate enfadado todavia ; mientras que el cochero arreaba los caballos , le gritó : hasta mañana ! pero tampoco recibió respuesta.

Vínole bien sin embargo haber bajado hasta el pie de la escalera de su casa , porque vió entonces los asquerosos grupos de la gente del pueblo que volvía del Louvre , y pudo con esto juzgar mejor de la importancia del movimiento por la madrugada porque les oyó gritar con voces descompasadas:

— Tambien se ha asomado la reinecita !

— Viva el buen duque de Bouillon que viene por nosotros !

— Y que trae consigo cien mil hombres que han de llegar en balsas por el Sena. El viejo Cardenal de la Rochela ha muerto. — viva el rey ! viva el señor mayor !

Crecieron los gritos á la llegada de un coche , tirado por cuatro caballos , cuyos lacayos llevaban la librea del rey , y que pa-

ró delante de la puerta del consejero. Entonces reconoció el coche de Cinq Mars, á quien Ambrioso bajó á abrir las grandes cortinas que tenían los carruages de aquel tiempo. El pueblo se habia apiñado entre el estribo y las primeras gradas de la puerta, en términos que Cinq-Mars tuvo que hacer grandes esfuerzos para apearse y escapar de las manos de las verduleras que querian abrazarle diciendo:

— Estás ya aquí, alma mia, querido de mi corazón; Cuando has venido, nene mio? Mirad que cuco está con la gorguera!; No vale mas este que el otro con su bigote blanco? ven hijo y traenos buen vino como esta mañana.

Enrique de Effiat apretó la mano ruborizandose á su amigo, el cual se dió prisa á cerrar las puertas.

— Este favor popular es un caliz que es preciso beber, dijo al entrar...

— Me parece, respondió con gravedad Thou, que le bebes hasta las heces.

— Yo te explicaré esta bulla, respondió Cinq-Mars algo embarazado. Ahora, si me

aprecias, vistete para venir conmigo á asistir al tocador de la reina.

— Te he prometido una confianza ciega, dijo el consejero: sin embargo no puedo, de buena fe, prolongarla mas tiempo..

— Ya te lo he dicho, te hablaré despacio al volver del cuarto de la reina; pero despachate, porque van á dar las diez.

— Voy á acompañarte, dijo Thou haciéndole entrar en su gabinete donde estaban Fournier y el conde Dulude, y él pasó á otra habitacion.



CAPITULO XVII.

El Tocador



¡Qué dulce es la hermosura
cuando una se vé amada.

(DELFINA GAY.)

El coche del caballero mayor rodaba con rapidez hácia el Louvre, cuando, cerrando sus cortinas que le guarnecian, agarró la mano de su amigo, y le dijo conmovido:

—Querido Thou, yo he guardado grandes secretos en mi pecho, y cree que me han hecho mucho peso en él, pero dos temores me han impuesto silencio, el temor de tus peligros; y ¿lo diré? el miedo á tus consejos.

—No obstante sabes muy bien, respondió Thou, que desprecio los unos, y me imaginaba que tu no despreciabas los otros.

—No, pero los temia, los temo todavia; no quiero que me detengan. No hables, amigo mio, una palabra, yo te lo ruego, antes de haber oido y visto lo que va á pasar: Te llevaré á tu casa al salir del Louvre y alli te escucharé, y me marcharé en seguida á continuar mis obras; porque nada me hará vacilar, te lo preveugo; asi se lo he dicho ahora á los caballeros que estaban en tu cuarto.

El acento de Cinq-Mars no tenia nada de la aspereza que manifestaban estas palabras: su voz era cariñosa, su mirar dulce, tierno y afectuoso, y su semblante estaba sosegado y resuelto desde mucho tiempo atrás; nada indicaba que hiciera el mas leve esfuerzo sobre sí mismo. El consejero lo notó, y se dolió de verlo en tal estado.

—Ay! dijo al apearse con él del coche; y le siguió suspirando á la escalera principal del Louvre.

Cuando entraron en el cuarto de la Reina, anunciados por ugierees vestidos de negro y con una vara de ébano en la mano, la encontraron sentada á su tocador.

Era este una especie de mesa de madera

negra, chapeada de concha, nacar y cobre embutidos y formando una infinidad de dibujo de bastante mal gusto, pero quedaban á los muebles un aspecto de grandeza que todavia causa admiracion; encima de la mesa habia un solo espejo redondo por arriba, y que hoy les pareceria pequeño y mezquino a los elegantes de nuestro tiempo. Estaba cubierta de varias joyas y collares desparramados, y Ana de Austria, sentada enfrente sobre un gran sillón de terciopelo carmesí con franjas de oro, se mantenía grave é inmóvil como sobre un trono, mientras Doña Serafina y madama de Moteville daban cada una por su parte algunas peinadas muy ligeras como para acabar de arreglar el pelo de la Reina que estaba sin embargo muy adelantado, y adornado ya con perlas entretegidas con sus cabellos rubios. Su larga cabellera arrojaba destellos de una singular belleza que anunciaban que debían tener al tacto la finura y suavidad de la seda. Dábale el sol de lleno sobre su frente que no envidiaba ciertamente su resplandor, y despedía un brillo casi igual á causa de su sorprendente blancura

que se complacia en lucir de aquella manera; sus ojos azules y algo verdosos eran grandes y bien formados; y su fresquisima boca tenia aquel labio inferior de las princesas de Austria, algo saliente y ligeramente hendido en forma de cereza, que puede observarse, odavia en todos los retratos de aquella época. Parece que sus pintores han tomado empeño en imitar la boca de la Reina, por complacer acaso á las damas de servidumbre cuya pretension debia ser parecerse á ella. El traje negro adoptado entonces por la corte, y cuya forma fué fijada hasta por un edicto, realzaban mas el marfil de sus brazos desnudos hasta el codo, y adornados con una porcion de encages que salian de sus anchas mangas. Colgabanle de las orejas gruesas perlas las cuales se balanceaban encima de su cintura. Tal era el aspecto de la Reina en aquel momento. A sus pies y sobre dos cajines de terciopelo, estaba jugando un niño de cuatro años con un cañoncito que acababa de romper: era el Delfin, despues Luis XIV. La duquesa de Mantua estaba sentada á su derecha sobre un taburete; la princesa de Chevrense y las señoritas de Mon-

bazont, de Guisa, Rohan y Vendoma, toda hermosas ó radiantes de juventud, estaban en pie detras de ella. En el hueco de una ventana, Mousiur, con el sombrero debajo del brazo, hablaba en voz baja con un hombre de elevada estura, bastante grueso, el rostro colorado y de miradas fijas y atravesadas: era el Duque de Bouillon. Un oficial de cerca de veinte y cinco años, de esbelto talante y agraciada figura, acababa de entregar varios papeles al principe, el duque de Bouillon parecia estarselos explicando.

Thou atento á celar todo cuanto concerniera á su amigo, y temblando interiormente de que su suerte estuviese encomendada á un ser menos digno que lo que él hubiera deseado, examinó á la Princesa Maria con la atencion escrupulosa, con los ojos penetrantes de una madre al mirar á aquella que va á elegir por compañera de su hijo, porque sabia que no era estraña á los proyectos de Cinq-Mars. Vió con descontento que su adorno, sobre manera ostentoso, le causaba al parecer mas vanidad que la que hubiera debido tener en aquel momento. No cesaba de arreglar se so-

bre la frente, y de entretrejer con los rizos de sus cabellos, los rubies que adornaban su cabeza y no igualaban al brillo y á los animados colores de su tez; miraba con frecuencia á Cinq-Mars; pero era mas la mirada de la coquetaría que la del amor, y sus ojos se volvian muchas veces atraídos por los espejos del tocador donde cuidaba de mantener en orden su hermosura. Estas observaciones del consejero empezaron á persuadirle que se habia equivocado en poner sobre ella sus sospechas, especialmente cuando vió que parecia sentir cierta satisfaccion de sentarse al lado de la Reina, mientras que las Duquesas estaban en pie detrás de ella, y que las miraba frecuentemente con altivez.—« En ese corazon de diez y nueve años, dijo para si, el amor estaria solo, y hoy particularmente no es ella.»

La Reina hizo con la cabeza una señal casi imperceptible á los dos amigos luego que hubieron saludado; y todas las damas, á excepcion de Maria de Gonzaga, salieron sin hablar de la habitación y haciendo profundas reverencias, como si hubiesen estado con-

venidas de antemano; entonces la princesa, volviendo ella misma su sillón, le dijo á Monsieur:

—Hermano, ruegos que tengais á bien venir á sentaros cerca de mí; vamos á consultar juntos lo que os he dicho, la princesa Maria no estará de sobra, y la he suplicado que se quedara. Por lo demas no tenemos que temer que nadie nos interrumpa.

La Reina parecia mas desembarazada en su language y modales; y dejando ya su severa y ceremoniosa inmovilidad, hizo á los demas asistentes un gesto invitandoles á acercarse á ella.

Gaston de Orleans, algo inquieto con aquella introduccion solemne, fué perezosamente á sentarse á su derecha, y dijo con una media sonrisa y con aire de negligencia jugando con su gorguera y la cadena del Espíritu Santo que llevaba pendiente del cuello:

—Entiendo, señora, que no molestaremos con una larga conferencia los oídos de esta niña: ella querria hablar mejor de bailes y casamiento de un elector, ó del rei de Polonia, por ejemplo.

Maria puso un semblante desdeñoso, y Cinq-Mars frunció las cejas.

—Perdonadme, respondió la Reina mirandola, os aseguro que la politica presente la interesa muchísimo. No trateis de escaparos, hermano, añadió sonriéndose, que hoy os tengo por mi cuenta. No estaremos mucho tiempo escuchando al duque de Bouillon.

Este se acercó trayendo de la mano al joven oficial de que hemos hablado.

—Primeramente, dijo, debo presentar á vuestra Magestad al Baron de Beauvau, que viene de España.

¡De España! dijo la Reina alterada; valor se necesita para eso, ¿habeis visto á mi familia?

—Ya os hablará de ella, asi como del duque de Olivares. Tocante á valor no es esta la primera vez que le manifiesta; sabeis que mandaba los coraceros del conde de Soissonse

—¡Como! ¿Sois tan joven, caballero, y tenéis esa afición á las guerras politicas!

—Al contrario, y perdoneme Vuestra Magestad, respondió, porque yo servia con lo^s principes de la Paz.

Trajo á la memoria Ana de Austria el nombre que habian tomado los vencedores de la Morfée, y se sonrió. El duque de Bouillon, aprovechandose del momento de entablar la gran cuestion que tenia á la mira dijo á Cinq-Mars, á quien acababa de dar la mano con cordial amistad, y acercandose con él á la Reina, dijo:—Milagroso es, señora, que esta época produzca todavia caracteres grandiosos, como estos; y señaló al caballero mayor, al joven Beauvan y á Tbou; solo en ello debemos poner nuestras esperanzas en adelante. Los grandes hombres son ahora muy raros, porque el gran nivelador ha pasado una larga hoz por toda Francia.

—¿Quereis hablarme del tiempo, ó de un personage verdadero?

—Demasiado verdadero es, demasiado vivo está, señora, espondió el duque mas animado; esa ambicion desmesurada, ese egoismo colosal no pueden ya tolerarse. Todos aquellos en quienes alienta un pecho generoso se indignan de su yugo; y ahora mas que nunca se entreveen todas las desgracias del porve-

nir. Menester es decirlo, señora, pero ya no es tiempo de guardar contemplaciones, la enfermedad del Rey es muy grave, ha llegado la época de pensar y de decidirse, porque no está distante el momento de obrar.

El tono seco y austero del señor de Bouillon no sorprendió á Ana de Austria; pero siempre le habia encontrado mas sosegado se puso algo sobresaltada de ver la inquietud que manifestaba; dejando pues el tono chancero que habia querido tomar al principio, dijo.

— Pues bien ¿qué hay? Decidme que temeis y lo que quereis hacer.

— Yo nada temo por mi, señora, porque Sedan ó el ejército de Italia me pondrán siempre á cubierto; pero lo temo todo por vos y acaso por los principes vuestros hijos.

— ¡Por mis hijos! señor duque, por lo infantiles de Francia. ¿Lo oís, hermano? Lo estais oyendo, y no pareceis sorprendidos?

La Reina estaba muy agitada al hablar.

— No señora, dijo Gaston de Orleans muy osadamente; sabeis que estoy á costumbre á todas las persecuciones; todo lo espero de

parte de ese hombre; él es el amo; es menester resignarse. . . .

—!Qué él es el amo! repuso la Reina, ¿y de quien tiene su poder, sino del Rey? ¿Decidme, si gustais ¿qué mano le sostendrá despues del Rey? ¿quien le estorbará de volver á caer en la nada? ¿Sereis vos, ó seré yo?

—Será él por sí, interrumpio el de Bouillon, porque quiere hacerse nombrar regente; y yo sé que en este momento trata de quitaros vuestros hijos, y solicita del Rey que se le encomiende su custodia.

—Quitarmelos, exclamó la madre, agarrando involuntariamente al Delfin y tomándole en brazos.

Al verse el niño de pie entre las rodillas de la Reina, miró á los hombres que la rodeaban con una gravedad estraña en aquella edad, y viendo á su madre anegada en llanto, echó mano á la espadilla que llevaba.

—Ah, monseñor! dijo el duque de Bouillon medio inclinándose para decirle lo que queria dar á entender á la princesa; no debais sacar vuestra espada contra nosotros, sino contra aquel que secaba vuestro trono;

ciertamente os prepara un poder grande , tendreis un cetro absoluto , pero ha roto el haz de armas que le sustentaba. Este haz era vuestra antigua nobleza diezmada por él. Cuando llegneis á reinar , sereis un gran rey: tengo este presentimiento , mas tendreis solo vasallos , nunca amigos , porque la amistad solo es posible con la independenciam y una especie de igualdad nacida de la fuerza: Vuestros antepasados tenian sus *pares* y esos no los tendreis. ; Dios os sostenga entonces, monseñor! los hombres no lo podran ya hacer sin instituciones. Sed grande hombre , pues, pero luego es menester que os sucedan otros no menos fuertes; porque , en tal estado de cosas , si alguno de ellos llega á tropezar , toda la monarquía se viene abajo .

El duque de Bouillon manifestaba al hablar un calor y una seguridad que cautivaban siempre á los que le oian : su valor, su ojeada en los combates , la profundidad de sus miras políticas , el conocimiento que tenia de los negocios de Europa , su caracter pausado y resuelto á la par , le hacian uno de los hombres mas hábiles y te-

mibles de su tiempo, el único acaso que infundía verdaderamente temor al Cardenal Duque. La reina le escuchaba siempre con confianza, y le dejaba tomar una especie de imperio sobre sí. Aquella vez sintió mayor conmoción que nunca.

— ¡Ojalá, exclamó, que mi hijo tuviese abierta el alma á vuestras razones, y mi brazo bastante robusto para aprovecharse de ellas! Hasta entonces sin embargo, escucharé y obraré en lugar suyo; yo soy quien debo ser y quien será regente; no cederé este derecho sino arrancandome la vida: si es menester hacer una guerra, la haremos, porque todo quiero menos la verguenza y el recelo de entregar al futuro Luis XIV á ese vasallo coronado. Sí, dijo ruborizandose y apretando con fuerza el brazo del joven Delfin; si, hermano mio, y Vds, señores aconséjenme; hablen Vds. ¿como nos encontramos? ¿Será preciso que me vaya? digáumelo abiertamente. Como muger, como esposa, estaba dispuesta á llorar, pues tan triste era mi situacion; pero ahora miren Vds.; como madre no lloro ya, estoy dis-

puesta á daros órdenes si fuera preciso.

Nunca habia parecido Ana de Austria tan hermosa como entonces , y aquel entusiasmo que destalló en ella electrizó los pechos de todos los circunstantes , que solo pedian una palabra de su boca para hablar. El duque de Buonillon echó una mirada rápida sobre MONSIEUR que se determinó á tomar la palabra.

— A fé mia, dijo con aire bastante resuelto, que si dais órdenes , hermana, yo quiero ser vuestro capitan de guardias , porque tambien estoy cansado de las angustias que me ha hecho pasar ese miserable , el cual se atreve todavia á perseguirme para romper mi casamiento , y tiene siempre encerrados á mis amigos en la Bastilla , ó los manda asesinar de vez en cuando ; y ademas estoy indignado, añadió resobrandose y bajando los ojos con gesto mas solemne, estoy indignado de la miseria del pueblo.

— Hermano , repuso con viveza la princesa , os cojo la palabra , porque es preciso hacerlo asi con vos , y espero que los dos seremos bastante fuertes ; haced solamente lo que el conde de Soissons , y luego sobrevivid á

vuestra victoria; ponedes de mi parte como hicisteis con el conde de Montmorency, pero saltad el foso.

Gaston conoció el epigrama; trajo á la memoria su accion harte conocida, quando el infeliz rebelde de Castelnaudary pasó casi solo un ancho foso y se encontró al otro lado con diez y siete heridas, la carcel y la muerte, á la vista de *Monsieur*, inmovil como su ejército. Con la rapidez de la pronunciacion de la reina, no tuvo tiempo de ver si habia usado esta espresion en sentido proverbial ó con intencion; pero en todo caso tomó el partido de no darse por entendido, y estorbósele ella misma, que prosiguió mirando á Cinq-Mars:

— Pero, ante todas cosas, desechemos un terror pánico, y sepamos bien como nos encontramos. Sr. Mayor, vos acabais de dejar al rey ¿son ciertos nuestros temores?

Effiat no habia dejado de observar á Maria de Mantua, cuya espresiva fisionomia pintaba para él todas sus ideas con mas rapidez y seguridad que la palabra; leyó en ella el deseo de oirle hablar y la intencion de que

se decidiesen el príncipe y la reina; un movimiento de impaciencia de su pie le dió la órden de poner fin á aquel coloquio y ordenar por último toda la conspiracion. Su frente se puso pálida y mas pensativa, y recogióse un instante; porque conocia que de aquello estaba pendiente todo su destino. Thou le miró y se estremeció, porque le conocia; hubiera querido decirle una palabra, una sola palabra; pero Cinq-Mars habia levantado ya la cabeza, y habló en estos términos:

— Yo no creo, señora, que el rey esté tan enfermo como ha querido decirnos; espero, estoy casi cierto de que Dios nos conservará todavia mucho tiempo á este príncipe. Verdad es que padece, y que padece mucho; pero su alma es sobre todo la enferma, enferma de un mal que nadie puede curar, de un mal que nadie desearía al mayor enemigo y que le haria compadecer de todo el universo si le conociera. A pesar de esto no le llegará en mucho tiempo el fin de su vida, quiero decir de sus desgracias. Su languidez es puramente moral; en su corazon se está verificando una gran revolucion que quisiera acabar y no

puede: ha conocido que hace muchos años está en él depositado el germen de un justo aborrecimiento contra un hombre con quien cree debe estar reconocido, y este combate entre su bondad y su cólera es lo que le devora. Cada año transcurrido ha dejado á sus pies, los trabajos de este hombre por una parte, y sus crímenes por otra. Ahora son estos los que mas pesan en la balanza; el rey lo vé y arde en indignacion; quiere castigarle, y de repente se para y llora anticipadamente el castigo. Si pudierais señora, contemplarle en esta situacion, os causaria lástima. Yo le he visto agarrar la pluma que debia escribir su destierro, mojarla con mano atrevida y llevarla al papel. ¿Para qué? Para felicitarle en una carta. Entonces se alegra de su bondad como cristiano; se maldice como supremo juez; se desprecia como rey; busca con refugio en la oracion y se pone á meditar sobre el porvenir; pero se levanta asustado, porque ha visto á lo lejos las llamas que merece ese hombre, y nadie sabe tan bien como él los secretos de su condenacion. Es menester oírle en aquel momento, acusarse

de su culpable debilidad, y clamar que él recibirá su castigo por no haberle sabido castigar. Díriase algunas veces que hay sombras que le mandan dar el golpe, porque su brazo se levanta durmiendo. Por fin, señora, la tampestad ruge dentro de su pecho, pero él solo se abrasa, el rayo no puede salir fuera.

— Pues es menester que estalle! exclamó el duque de Bouillon.

— Quien llegue á tocarle pueda morir de resultas, dijo *Monsieur*.

— ¡Pero! que desprendimiento tan noble

— ¡Cuánta seria mi admiracion por él!

— Seré yó, repuso Cinq-Mars.

— Serémos nosotros, le dijo Thou al oído.

El joven Beauvan se habia acercado al duque de Bouillon.

— Caballero, le dijo ¿olvidais lo demás?

— No, pardiez! no lo olvido, respondió este en voz baja, y acercándose á la reina, habló en estos términos: Advertid, señora, la oferta del señor Mayor; él está en posicion de decidir al rey mejor que vos y nosotros; pero vivid prevenida para todo, por-

que el cardenal es demasiado hábil para adormecerse. Yo no creo en su enfermedad; yo no creo en ese silencio y en esa inmovilidad en que quiere persuadirnos esta hace dos años, yo no creeria tampoco en su muerte hasta que hubiese yo mismo llevado su cabeza al mar, como la del gigante del Ariosto. Esperaos todos; apresuremos la cosa por todos caminos. Acabo de manifestar mis planes á *Monsiur*, y voy á daros cuenta de ellos en compendio: yo os ofrezco á Sedan, señora, para vos y monseñores vuestros hijos. El ejército de Italia es mio y le mando venir si es menester. El señor Mayor es dueño de la mitad del campamento de Perpiñan; todos los antiguos hugonotes de la Rochela y del Mediodia se hallan prontos á venir á la primera señal: todo estaba organizado por mí hace un año por lo que podia suceder.

— Y no vacilo, dijo la reina, en ponerme en vuestras manos para salvar mis hijos, si acaeciese alguna desgracia al rey. Pero en ese plan general os olvidais de Paris.

— Paris es nuestro por todas partes; el pueblo por el arzobispo que disipa sus escrúpu-

los y por el señor de Beaufort, que es su rey, las tropas por vuestros guardias y los de *Mon-sieur*, que tendrá el mando de ellas si le parece.

— Yo! yo! eso no puede ser de ninguna manera; no tengo bastante gente, y he menester de un refugio mas fuerte que Sedan, dijo Gaston.

— Pero le basta á la reina, repuso Mr. de Bouillon.

— Ah! puede suceder muy bien que asi sea; pero mi hermana no aventura tanto como un hombre que desenvaina la espada. ¿Sabeis que es muy atrevido lo que estamos haciendo?

— Cómo! ¿aun teniendo al rey de nuestra parte? dijo Ana de Austria.

— Sí, señora, sí; no se sabe lo que esto puede durar; es menester tomar nuestras precauciones, y yo no hago nada sin el tratado con la España.

— No lo hagais, pues, dijo la reina ruborizándose, porque seguramente nunca daré oidos á quien me hable de él.

— Ay señora! no seria sin embargo lo mas

cuerdo, y *Monsieur* tiene razon, porque el conde-duque de San Lúcar nos ofrece diez y siete mil hombres de tropas veteranas y quinientos mil escudos en dinero.

— Cómo! dijo la reina sorprendida: ¡se han atrevido á llegar hasta ahí sin mi consentimiento! ¡Ya hay inteligencia con el extranjero!

— El extranjero, hermana mia! ¿podíamos suponer que una princesa de España haría uso de esa espresion? respondió Gastou.

Ana de Austria se levantó tomando al Delfin de la mano, y apoyándose en María.

— Si señor, dijo, soy española; pero he nacido nieta de Cárlos V, y sé que la patria de una reina está en derredor de su trono.

Dejo á Vds., señores, pueden continuar sin mí, que yo nada quiero saber en lo sucesivo.

Dió algunos pasos para salir, y viendo á María trémula y anegada en lágrimas, volvió y añadió: Os prometo sin embargo solemnemente un secreto inviolable; pero nada mas.

Todos quedaron algo desconcertados, excepto el conde de Bouillon que, no queriendo

perder ninguna ventaja , le dijo , inclinándose con respeto :

— Os agradecemos esa promesa , señora , y no queremos otra cosa , porque estamos persuadidos que V. M. estará enteramente por nosotros despues del triunfo.

No queriendo empeñarse mas en una guerra de palabras , la reina saludó con alguna menos sequedad , y salió con María , la cual dejó caer sobre Cinq-Mars una de aquellas miradas que encierran á la par todas las emociones del alma. Creyó leer en sus hermosos ojos el sacrificio eterno y malhadado de una mñger rendida para siempre , y vió que si alguna vez tuviese la idea de cejar en su plan , seria mirado como el último de los hombres. Luego que se dejó de ver á las dos princesas , dijo *Monsieur* :

— Ahí lo teneis : ya os lo habia dicho yo , Bonillon ; enfadais á la reina , y ademas habeis ido muy lejos. No me acusarán seguramente de haber flaqueado esta mañana : al contrario , he manifestado mas resolucion que la que debia.

— Estoy lleno de gozo y de reconocimien-

to á S. M., respondió el duque con aire de triunfo, ya estamos seguros de lo venidero. ¿Qué pensais hacer ahora, M. de Cinq-Mars?

— Ya os lo he dicho, caballero; yo no me vuelvo atrás nunca; cualesquiera que sean las resultas de este paso, veré al rey y me espondré á todo por sacar sus órdenes.

— ¿Y el tratado de España?

— Sí, le...

Thou agarró el brazo de Cinq-Mars, y adelantándose de repente, dijo con solemnidad:

— Hemos resuelto que no seria firmado hasta tener la entrevista con el rey, porque si la justa severidad de S. M. con el cardenal nos dispensa de hacerlo, mas vale, hemos dicho, no esponerse al descubrimiento de un tratado tan peligroso.

M. de Bouillon frunció las cejas, y dijo:

— Si no conociese al señor de Thou, creeria que eso era un efugio; pero de su parte...

— Caballero. repnso el censejero, creo poder comprometerme bajo mi palabra de honor á hacer todo lo que haga el señor Mayor; somos inseparables.

Cinq Mars miró á su amigo, y se sorprendió de ver pintada en su rostro una sombría desesperacion: conmovióse tanto de esto, que no tuvo fuerzas para contradecirle.

— Tiene razon, señores, dijo únicamente con una sonrisa fría, pero llena de amabilidad, el rey nos evitará acaso muchas cosas; es grande la fortaleza que con él se tiene. Por lo demas, monseñor, y vos, señor duque, no temais que yo retroceda nunca; he quemado tras mí todos los puentes: es indispensable que siga avanzando, y que caiga mi cabeza ó el poder del cardenal.

— Es cosa singular! muy singular! dijo *Monsiur*: advierto que todos están aqui mas adelantados en la conspiracion que lo que yo creia.

— No tal, señor, dijo el duque de Bonillon, solo se ha preparado lo que querais consentir. Notad que no hay nada escrito, y que no teneis mas que hablar para que no exista ni haya existido nada: todo esto será un sueño ó un volcan, segun mandeis.

—Vamos, vamos, una vez que es así, estoy contento; pensemos ahora en cosas mas risueñas. Gracias á Dios, tenemos todavía algun tiempo con que contar; pero confieso que quisiera que todo hubiese terminado ya: yo no he nacido para tener sensaciones violentas, porque mi salud se resiente, añadió tomando el brazo de M. de Beauvau: decidnos si las españolas siguen siendo siempre bonitas, jóven. Dices que sois muy enamorado. Caramba! Estoy cierto de que habeis metido mucha bulla. ¿Es verdad que las mugeres llevan unos tontillos muy grandes? Pues no me disgustan á mí del todo. Verdaderamente el pie parece asi mas pequeño y bonito; estoy seguro de que la muger de D. Luis de Haro no es mas hermosa que madama de Guimené; ¿no es verdad? Vamos, sed franco: me han dicho que tenia cara de religiosa.... Oh...! no me respondeis, y os poneis turbado.... os ha dado flechazo.... Pues hablemos de los usos: el rey tiene un enano precioso: ¿no es así? y le ponen en un pastel. ¿Qué dichoso es el rey de España! yo no he podido nunca encontrar otro igual. ¿Y la reina?

dican que la sirven de rodillas: ¿no es verdad? esa es una costumbre excelente que nosotros hemos perdido; es muy sensible, mas sensible de lo que se cree.

Gaston de Orleans tuvo el valor de hablar en este tono cerca de media hora seguida á aquel jóven, cuyo carácter grave no gustaba de tal conversacion, y que preocupado todavía de la importancia de la escena de que acababa de ser testigo, y de los grandes intereses que se habian discutido, no respondió nada á aquel flujo de palabras ociosas; miraba al duque de Bouillon con semblante sorprendido, como para preguntarle si era aquel hombre quien iba á ser puesto al frente de la mas osada empresa, concebida hacia mucho tiempo, mientras que el príncipe, sin querer echar de ver que no le contestaban, lo hacia él mismo muchas veces, y hablaba con volubilidad, paseándose con él y llevándosele fuera del cuarto. Temia que á alguno de los circunstantes se le ocurriera renovar la terrible conversacion del tratado; pero nadie estaba tentado de hacerlo, á escepcion del duque de Bouillon, el cual

guardó no obstante el silencio del mal humor. Por lo que hace á Cinq-Mars, llevósele consigo Thou, haciendo que se retirase á favor de aquel torrente de palabras, sin que *Monsieur* aparentase haberle visto salir.





CAPITULO XVIII.

El secreto.



Y pronunciados juntos nuestros nombres, servirán de modelo á la fiel amistad.

A. SOUMET, *Clitemnestra.*

Thou estaba ya de vuelta en su casa con su amigo; las puertas de su cuarto estaban cuidadosamente cerradas, dada la orden de no recibir á nadie, y de disculparle con los dos refugiados si permitia que saliesen sin verlos, y nuestros dos mozos no se habian dirigido todavía la palabra.

El consejero se habia alejado, y meditaba profundamente. Cinq-Mars, sentado en la chimenea alta, esperaba con semblante triste y grave el término de aquel silencio, quan-

do mirándole fijamente Thou , le dijo con voz lúgubre y hueca cruzando los brazos :

— Hé ah dónde has venido á parar ! bé ahí las consecuencias de tu ambicion ! Vas á hacer que destierren , y acaso maten , á un hombre ; á introducir en Francia un ejército estrangero : voy , pues , á verte , asesino y traidor á tu patria. ¿ Por qué camino has llegado hasta aqui ? ¿ Por qué escalones has descendido tan bajo ?

— Otro que no fueras tú , no me hablaria dos veces de esa manera ; pero te conozco y me gusta esa explicacion : yo la deseaba y he dado lugar á ella. Quiero que hoy veas desnuda toda mi alma. Al principio habia tenido otra idea , una idea mejor tal vez , mas digna de nuestra amistad , mas digna de la amistad , que ciertamente es la segunda divinidad de la tierra.

Y levantaba al hablar los ojos al cielo como para buscar en él á esta divinidad.

— Sí , mejor hubiera sido. Yo no queria decirte nada ; era un empeño trabajoso , pero hasta ahora habia salido con él. Queria dirigirlo todo sin tí , y presentarte solo la

obra acabada; queria mantenerte siempre fuera del alcance de mis peligros, pero ¿te confesaré mi flaqueza? he temido morir mal juzgado de tí, sí morir me toca: sobrellevo bien la idea de la maldicion del mundo, pero no la de la tuya, y esto es lo que me ha decidido á confesártelo todo.

— Cómo! ¿Y hubieras tenido sin esa idea el valor de ocultarte siempre de mí? Ay querido Enrique! ¿qué te habia hecho yo para que tomases ese cuidado por mi vida? ¿Qué culpa habia cometido para sobrevivirte si morias? Has tenido la fortaleza de engañarme durante dos años enteros; no me has presentado mas que las flores de tu vida; solo has entrado en mi soledad con el rostro risueño y engalanado cada vez de un nuevo favor. Oh! menester era que en esto hubiese mucha culpa ó mucha virtud.

— No veas en mi alma mas que lo que encierra dentro. Sí, te he engañado, pero este era el único goce pacífico que tenia en la tierra. Perdóname que haya robado estos momentos á mi destino, ¡ay! tan brillante. Yo era feliz con la dicha que suponias;

hacia la tuya con este sueño, y no soy delincuente sino ahora que vengo á destruirla y á manifestarme como era. Escúchame, que no seré largo; la historia de un corazón apasionado es siempre muy sencilla. Otra vez, me acuerdo de esto, estuvo para escapármeme el secreto dentro de mi tienda cuando estaba herido; acaso hubiera sido un bien. Con todo, ¿de qué me hubieran servido los consejos? Yo no los hubiera seguido; en fin, amo á María de Gonzaga.

— Como! ¿aquella que va á ser reina de Polonia?

— Si lo es, no lo será hasta después de mi muerte. Pero escucha; por ella me hice cortesano, por ella he reinado casi en Francia, y por ella voy á sucumbir y á morir acaso.

— Morir! sucumbir! cuando yo te echaba en cara tu triunfo! cuando yo lloraba la tristeza de tu victoria!

— Ay! mal me conoces si crees que soy juguete de la fortuna que me está halagando, si crees que no he adivinado todo mi destino! Yo lucho contra él, pero conozco que

es mas poderoso ; he acometido una empresa superior á las fuerzas humanas, y sucumbiré.

— ¿ Y no puedes detenerte ? ¿ Para qué sirve el talento en los negocios mundanos ?

— Para nada , como no sea para perderse á sabiendas , para caer el dia que se habia previsto: en una palabra , no puedo retroceder. Cuando se tiene al frente un enemigo como Richelieu , es menestar echarlo por tierra ó dejarse aplastar de él. Mañana voy á dar el último golpe ; ¿ no me acabo de comprometer ahora poco á esto delante de tí ?

— Y ese compromiso es lo que yo queria combatir. ¿ Qué confianza tienes en aquellos á quienes entregas así tu vida ? ¿ No has leído sus intenciones secretas ?

— Las penetro todas ; he leído su esperanza al través de su fingida cólera ; sé que tiemblan al amenazar ; sé que están ya dispuestos ha hacer sus paces entregándome en rehenes ; pero tócame á mí sostenerlos y decidir al rey , porque María es mi desposada , y mi muerte está escrita en Narbona.

Voluntariamente, sabiendo cual será mi suerte, me he interpuesto así entre el cadalso y la felicidad suprema. Necesito arrancársela de las manos á la fortuna ó morir. En este momento siento el placer de haber desvanecido toda incertidumbre. ¡No te ruborizas de haberme creído ambicioso por vil egoismo, como ese Cardenal, ambicioso por el anhelo pueril de un poder que nunca está satisfecho? Soy ambicioso, sí, pero por que tengo amor. Sí, tengo amor, y todo está dicho con esta palabra. Mas yo te acuso sin motivo; tú has hermoseedo mis intenciones secretas, me has atribuido planes generosos (me acuerdo de esto), grandes pensamientos políticos, son nobles, son vastos seguramente, pero ¡te lo diré? Esos vagos proyectos de perfeccion de las sociedades corrompidas, me parece que se arrastran por el suelo, en comparacion del amor. Cuando el alma vibra llena enteramente de este solo pensamiento, no tiene tiempo para entregarse á la consideracion de los intereses generales, porque las mayores montañas de la tierra están debajo del cielo.

Thou bajó la cabeza.

—Qué podria responderte ? dijo. No te comprendo ; tú razones con el desórden , pesas la llama y calculas el error.

—Sí , repuso Cinq-Mars , lejos este fuego interior de consumir mis fuerzas , las ha robustecido , tú lo has dicho , lo he calculado todo ; una marcha lenta me ha conducido al término que estoy proximo á alcanzar. Maria me llevaba de la mano , ¿cómo pues hubiera retrocedido ? No lo habria hecho yo por un mundo. Todo iba bien hasta ahora ; pero una barrera invisible me detiene y es menester romperla : esta es Richelieu. Ahora poco he empezado á hacerlo delante de tí , pero acaso me he dado mucha priesa : lo creo ahora así. Alégrese : ya me esperaba. Seguramente ha previsto que seria el mas jóven quien perdiese la paciéncia ; si es así , ha juzgado bien. No obstante , como el amor no me hubiese precipitado , yo habria sido mas fuerte que él , aunque soy virtuoso.

Las facciones de Cinq-Mars experimentaron entonces un cambio casi repentino ; sonrojóse y perdió el color dos veces , y las venas de su frente se inflamaban como líneas

azules trazadas por una mano invisible.

— Sí, añadió levantándose y retorciéndose las manos con una fuerza que indicaba una violenta desesperacion concentrada dentro de su pecho; yo sufro interiormente todos los suplicios con que el amor puede atormentar á sus víctimas. Esa tímida niña, por quien yo pondria en conmocion imperios, por quien todo lo he sobrellevado, hasta el favor de un príncipe (y que acaso no ha conocido todo cuanto he hecho por ella) no puede todavía ser mia. Me pertenece delante de Dios, y soy un extraño para ella; ¿qué es lo que digo? es menester que diariamente oiga discutir delante de mí cual de los tronos de Europa le acomodará mas; en conversaciones en que no puedo siquiera levantar la voz para dar un parecer, pues tan lejos estan de contar conmigo, y en las cuales se consideran indignos de ella principes de sangre real que me llevan tambien mucha ventaja. Es menester que me esconda como un delincuente para oír por entre las rejas la voz de aquella que es mi muger; es menester que me incline en público delante de

ella! su marido en la oscuridad, y su siervo en medio del día! Esto es ya demasiado y yo no puedo vivir así; es necesario dar el último paso, ora me encumbre, ora me precipite.

— Y quieres trastornar un Estado por tu dicha personal?

— La dicha del Estado se acomoda con la mía. La labro de camino, si destruyo al tirano del rey. El horror que me inspira ese hombre se ha comunicado á mi sangre. Cuando vine á buscarle en otro tiempo, encontré á mi paso su mayor crimen: es el genio del mal para el desgraciado rey, y yo le conjuraré. Yo hubiera podido ser el genio del bien para Luis XIII; este era uno de los pensamientos de María, su pensamiento favorito. Pero creo que no triunfaré del alma atormentada del príncipe.

— ¿Con qué cuentas, pues?

— Con la suerte de un naipe. Si su voluntad puede todavía durar algunas horas, he ganado la mano; este es el último cálculo de que está pendiente mi destino.

— ¡Y el de tu María!

—¿Has podido creerlo? dijo impetuosamente Cinq-Mars. No, no, si me abandona, firmo el tratado de España y la guerra.

—Ay qué horror! dijo el consejero; qué guerra una guerra civil!

—Sí, un crimen, repuso friamente Cinq-Mars; ¿te he dicho que tomases parte en él?

—Cruel ingrato! repuso su amigo; ¿es posible que me hables de esa manera? ¿No sabes, no te he probado que la amistad ocupaba en mí el lugar de todas las pasiones; ¿Puedo yo sobrevivir, no digo á tu muerte, si no á la mas leve de tus desgracias? Sin embargo déjame persuadinte, y estorbas que descargues el golpe sobre la Francia. O amigo! O mi único amigo! no seamos así patriotas? no asesinemos á nuestra patria! hablo de los dos, porque nunca separaré mis acciones de las tuyas; consérvame la estimacion de mí mismo por la que tanto he trabajado; no manches una vida y una muerte que te he consagrado á tí.

Thou se habia arrodillado á los pies de su amigo, y este, no teniendo ya fuerzas para conservar su afectada frialdad, se arrojó en

sus brazos al levantarle, y le dijo con voz ahogada estrechándole contra su pecho.

—Por qué me quieres con tal estrmo! ¿Qué es lo que has hecho amigo mio? Tú que eres sabio, puro y virtuoso; tú que no estas extraviado por una insensata pasion y el deseo de la venganza; tú cuya alma se alimenta solo de religion y de ciencia, ¿por qué me quiere tanto? ¿Qué has sacado de mi amistad mas que zozobras y molestias? ¿será menester ahora que te haga correr peligros? Sepárate de mí, ya no somos de igual condicion; lo estas viendo, las cortes me han corrompido: ya no tengo candor, ya no tengo bondad, porque medito la muerte de un hombre y sé engañar á un amigo. Olvídame, despréciame! yo no valgo ya uno de tus pensamientos, ¿cómo seria pues digno de tus peligros?

—Jurándome no hacer traicion al Rey ni á la Francia, repuso Thou. ¿Sabes que esos propende á la desmembracion de nuestra patria? ¿sabes que, si entregas nuestras plazas fuertes, no serán devueltas nunca? ¿sabes que su nombre será el horror de la posteridad? ¿sabes que las madres francesas le maldecirán.

cuando se vean obligadas á enseñar á sus hijos una lengua estrangera? ¿lo sabes? Ven.

Y le llevó hácia el busto de Luis XIII.

—Júrame en presencia suya (y tambien él es tu amigo!), júrame que no firmarás nunca ese infame tratado.

Cinq-Mars bajó los ojos; y con una tenacidad invariable respondió, aunque bajando los ojos;

—Te lo he dicho; lo firmaré si me obligan.

El consejero perdió el color, y soltando su mano, dió dos vueltas por el cuarto con los brazos cruzados y en una inexplicable agonia. Por último se adelantó solemnemente hácia el busto de su padre, y abrió un gran libro que habia al pie de él; buscó una pagina ya señalada, y leyó en voz alta.

—«Opino pues que M. de Ligneboeuf fué condenado justamente á muerte por el parlamento de Rouen, por no haber revelado la conspiracion de Catteville contra el Estado.»

Y guardando luego con respeto el libro abierto en sus manos, continuó contemplando

la imagen del presidente Thou cuyas eran aquellas Memorias.

—Si, padre mio, habias pensado bien: voy á ser criminal y á merecer la muerte; pero ¿puedo conducirme de otro modo? Yo no denunciaré á ese traidor, porque eso seria tambien serlo, y es mi amigo, y desgraciado además.

Acercándose en seguida á Cinq-Mars, y presentándole la mano otra vez, le dijo.

—En esto hago mucho por tí; pero no esperes mas de mi parte.

Cinq-Mars estaba sumamente conmovido de esta escena, porque conocia todo cuanto debia padecer su amigo al desecharle de sí; tuvo no obstante todavia el valor de contener una lagrima que se le saltaba de los ojos, y respondió abrazándola.

Ay, Thou! siempre te encuentro perfecto; sí, me haces un favor en apartarte de mí, porque, como mi suerte hubiera estado unida á la tuya, no hubiera podido disponer de mi vida, y habria vacilado en sacrificarla si era menester.



CAPITULO XIX.

La cacería.

Mucho hay que agradecerle al destino cuando puede uno apartarse de los hombres sin verse obligado á hacerles mal, ni declararse enemigo suyo.

CH. NODIER. JUAN SEGAR

Mientras tanto la enfermedad del Rey tenía á la Francia en un desorden que experimentan siempre los Estados mal asegurados al acercarse la muerte de sus principes. Aunque Richelieu era el centro de la monarquía, no reinaba empero sino en nombre de Luis XIII, y como envuelto en el lustre de este nombre que habia engradecido. Por absoluto que fuese el imperio que tenia sobre su señor, temiale sin embargo, y este temor ponía á cubierto la nacion de sus ambiciosos deseos á quienes el mismo Rey servia de incontrasta-

ble borrasca. Pero muerto este príncipe ¿qué que haría el imperioso ministro? ¿Donde se detendría el hombre que á tanto se había atrevido? Acostumbrado á manejar el cetro, ¿quien le estorbaría de empuñarle siempre é inscribir su nombre al pié de las leyes que él solo había dictado? Estos recelos traían revueltos los ánimos de todos. El pueblo buscaba en vano sobre toda la superficie del reino los colosos á cuya sombra acostumbraba refugiarse en las borrascas políticas, y ya no veía sino sus recientes sepulturas; los parlamentos estaban unidos, y conociase que nada embarazaría el monstruoso incremento de aquel poder usurpador. Nadie se dejaba alucinar con los afectados padecimientos del ministro; nadie se compadecía de aquella agonía hipócrita que tantas veces había engañado la esperanza pública, y la distancia no impedía echar de ver que por todas partes se pesaba el dedo del temible advenedizo.

Despertébase también el amor del pueblo hácia el hijo de Enrique IV; corría á las iglesias, oraba yaun lloraba con frecuencia. Los príncipes desgraciados son queridos siem-

pre. La melancolia de Luis y su misterioso dolor interesaban á toda la Francia, echábante ya menos en vida, como si cada cual hubiese deseado ser el confidente de sus penas, antes que se llevase á la otra vida el gran secreto le lo que padecen esos hombres encumbrados en parages tan altos que solo ven el sepulcro en su porvenir.

Deseando el rei tranquilizar á toda la nacion, mandó anunciar el restablecimiento momentaneo de su salud, y quiso que toda la corte se preparase para asistir á una gran cacería que iba á haber en Chambord, posesion real, donde su hermano el duque de Orleans le supplicaba que volviese.

Aquella agradable mansion era el retiro favorito del Rey, sin duda porque, en armonia con su persona, unia la grandeza á la melancolia. Pasaba allí con frecuencia los meses enteros sin ver absolutamente á nadie, leyendo y relejendo de continuo misteriosos papeles, y escribiendo cosas ignoradas que guarbaban en un arca de hierro cuyo secreto nadie sino él sabia. Complaciáse muchas veces en que le sirviese un solo criado, en

olvidarse así de sí mismo con la falta de su comitiva, y en vivir durante muchos días como un hombre pobre ó un desterrado, entreteniéndose en figurarse miserable ó perseguido para respirar del trono. Otras veces, cambiando repentinamente de idea, queria estar en mayor soledad, y luego que habia prohibido que se le acercara ningun ser viviente corria vestido de fraile á encerrarse en la embobedada capilla, y repasando la villa de Carlos V, creíase en San Yuste, y cantábase á sí mismo aquella misa de difuntos que convirtió en otro tiempo en uno de ellos al emperador español. Pero, en medio de aquellos mismos cantos y meditacione^s perseguian y distraian su endeble ánimo otras imágenes contrarias. Nunca le habian parecido mas risueños el mundo y la vida que entre la soledad y á la orilla del sepulcro. Por entre sus ojos y las páginas que procuraba leer, pasaban brillantes séquitos, ejércitos victoriosos y pueblos trasportados de amor contemplábase poderoso, batallando, triunfante, adorado de todos, y si entonces llegaba á caer sobre él un rayo del sol que penetra-

ba por entre los vidrios, sentíase abrasado en deseos de disfrutar de la luz ó de respirar el aire libre que le arrancaban de aquellos sombríos y reducidos lugares; pero al volver á la vida se entregaba de nuevo al tedio y al fastidio, porque los primeros hombres que encontraba le recordaban con sus respetos su poder. Entonces era cuando creía en la amistad y la llamaba á su lado; pero apenas estaba seguro de ella, despertábase de repente en su alma grandes escrúpulos: era creerse muy apegado á lo terestre, lo cual le distraía de la adoracion de Dios, ó mas bien la secreta reconvencion que se hacia de descuidar demasiado los negocios públicos; el objeto de su momentánea afición le parecia entonces un ser despótico cuyo poder le apartaba de sus deberes: creábase una cadena imaginaria y quejébase interiormente de vivir oprimido; pero desgraciadamente para sus favoritos no tenia el vigor de hacerles patentes sus resentimientos por medio de una cólera que los hubiera prevenido y continuando en halagarlos, atizaba con tal violencia el secreto fuego de su corazon y llegaba hasta aborrecerlos; mo-

mentos habia en que era capaz de hacer cualquiera cosa contra ellos.

Cinq-Mars conocia muy bien la flaqueza de su ánimo que no podia mantenerse constante en ninguna línea, y la debilidad de su corazon que no sabia amar ni aborrecer por entero; asi que su posicion envidiada de toda la Francia y aun objeto de la envidia del primer ministro, era tan vacilante y dolorosa, que, á no ser por su amor á Maria, hubiese quebrantado sus cadenas de oro con mas placer que el presidiario, que ve caer el último anillo que ha estado timando durante dos años con un resorte de acero oculto en su bota. La impaciencia de decidir la suerte que de cerca veia le amagaba, apresuró la explosion de aquella mina escavada con tanta paciencia como se lo habia confesado á su amigo; mas su situacion era la de un hombre que, puesto al lado del libro de la vida, viese todos los dias escribir en él á la mano que debe trazar su condenacion ó su salud. Marchó pues con Luis XIII á Chambord, resuelto á aprovechar la primera ocasion favorable á sus intentos que tardó en presentarse.

En la mañana misma del día señalado para la caza le mandó el rey á decir que le esperaba en la escalera de la Lis; acaso no será ocioso hablar de esta sorprendente construcción.

A cuatro leguas de Blois y una del Loira, en un vallecito muy bajo, entre pantanosas lagunas y un bosque de altas encinas, se encuentra de repente una residencia real, mágica por mejor decir, separada de todos los caminos. Diríase que un genio del Oriente, violentado por una maravillosa lámpara, le había edificado durante una de las mil noches robándole á las tierras del sol para ocultar en los de la niebla los amores de un gallardo príncipe. A aquel palacio está sepultado como un tesoro, pero al ver aquellas azules cúpulas, aquellos elegantes minaretes, aquellos espaciosos terrados que dominan el bosque, aquellas ligeras veletas balanceadas por el viento, aquellas medias lunas entrelazadas por todas partes sobre las columnatas, cualquiera se creeria en los reinos de Bagdad ó Cochemira, si las ennegrecidas paredes, su tapiz de musgo y yedra, y el pálido y me-

lancólico color del cielo no atestiguasen un clima lluvioso. Un genio fué en verdad quien construyó aquel edificio; pero vino de Italia y se llamó el Primatice; gallardo principio fué asimismo aquel cuyos amores se ocultaron allí; pero era rey y se llamaba Francisco I. Su salamandra arroja allí sus llamas por todas partes; centellea de mil maneras sobre las bóvedas, como harían las estrellas del cielo; sostiene los capiteles con su ardiente corona; da color a los vidrios con su fuego; serpentea por las escaleras secretas, y donde quiera parece devorar con sus centellantes miradas á la triple corona de una misteriosa diana, dos veces diosa y dos veces adorada en aquellos voluptuosos bosques.

Poro la base de aquel singular monumento está como él llena de misterio y elegancia: es una escalera doble que sube formando dos espirales, entrelazadas desde los mas apartados cimientos del edificio hasta encima de los mas elevados campanarios, y que termina en un traga-luz coronado por una gran flor de lis que se ve de lejos; dos hombres pueden subir á un tiempo por ella sin verse uno á otro.

Aquella sola escalera parece un templecito aislado; está sostenido y protegido, como nuestras iglesias, por las bóvedas de sus alas frágiles, transparentes y hordadas al trasluz por decirlo así. Creeríase que la docil piedra ha obedecido al dedo del arquitecto, y parece, si puede hablarse de este modo, amasada según los caprichos de la imaginación. Apenas se concibe como fueron trazados los planos y en qué términos se dieron las órdenes á los trabajadores; aquello parece un pensamiento fugitivo, un sueño realizado, un brillante desvario que hubiese tomado de repente una forma corporal y duradera.

Cinq-Mars sabia lentamente los anchos escalones que debian conducirlo cerca del rey y á medida que se acercaba se detenia mas tiempo en cada uno de ellos, ya fuese por aversion á ver al príncipe de que tenia diariamente que oír nuevas quejas, ya para pensar en lo que iba á decir, cuando hirió sus oídos el sonido de una guitarra. Reconoció el instrumento favorito de Luis, y su voz triste, débil y trémula que se prolongaba bajo las bóvedas; parecia ensayar uno de aquellos

romances que componia él mismo , y repetia frecuentemente con trémula mano un imperfecto estrivillo. Percibiánse mal sus palabras , y solo llegaban á su oido algunas expresiones de *abandono, cansancio del mundo y hermosa llama.*

Encogióse de hombros el joven favorito al escucharle :

— Qué nueva pesadumbre te aqueja ? dijo: veamos y leamos otra vez en ese corazon de hielo que cree desear algo.

Y entró en el estrecho gabinete.

Vestido de negro medio asustado sobre una larga silla y apoyados los codos en almohadones , el príncipe tocaba con languidez las cuerdas de su guitarra ; cesó de talarear al ver al caballero mayor , y levantando hacia él sus grandes ojos con aire de reconvenccion , meneó largo rato su cabeza antes de hablar , y dijo luego con tono lastimero y un tanto enfático:

— ¿Qué es lo que he sabido , Cinq-Mars ?
 ¿Qué es lo que he sabido de tu conducta ?
 ¡Cuánto sentimiento me causas porque no sigues mis consejos ! Has tramado una intriga

criminal. ¿Me debía esperar yo estas cosas de tí? tú, cuya virtud y devoción me tenían tan cautivado!

Preocupado Cinq-Mars con la idea de sus proyectos políticos, se creyó descubierto y no pudo evitar un momento de turbación; pero totalmente dueño de sí mismo, repuso sin titubear.

—Sí, señor, é iba á declarároslo; estoy acostumbrado á abriros mi pecho.

—A declarármelo! exclamó Luis XIII ruborizándose y perdiendo el color como sobre-cogido del frío de una calentura. Te hubieras atrevido á mancillar mis oídos con tan horrible confianza y estás tan sosegado hablándome de tus desórdenes. Anda; que merecias ser sentenciado á galeras como Rondin; en tu falta de fé conmigo has cometido un crimen de lesa magestad. Mejor quisiera que fueses monedero falso como el marqués de Coucy, ó que estuvieses á la cabeza de los zoqueteros, que hubieses hecho lo que ha hecho; estas deshonorando á tu familia y la memoria del general tu padre.

Viéndose perdido Cinq-Mars, puso el me-

por gesto que pudo, y dijo con semblante resignado.

— Pues bien, señor, enviadme á que me juzguen y condenen á muerte; pero omitid vuestras reconvenciones.

— ¿Os estais burlando de mí, hidalguillo de aldea? replicó Luis; sé muy bien que ne habeis incurrido en la pena de muerte para con los hombres, sino en el tribunal de Dios, caballero, donde sereis juzgado.

— A fe mia, señor, repuso el impetuoso mozo á quien le habia picado la injuria, que debiais dejarme ir á mi aldea de que tanto desprecio haceis, como lo he intentado cien veces; voime á ella, porque no puedo sopor-
tar la vida que traigo cerca de vos, y á la cual no resistiria un ángel. Lo repito, mandadme juzgar si soy delincuente, ó dejadme esconder en Turena. Vos me habeis perdido apegándome á vuestra persona; sí me habeis hecho concebir esperanzas sobrado grandes que luego echabais por tierra; tengo la culpa yo de ello? ¿Por qué me habeis hecho caballero mayor si no habia de ir mas lejos? En resolucion; ¿soy vuestro amigo, ó nó? y si

lo soy ¿ no puedo ser duque , par y aun condestable lo mismo que el señor de Luynes á quien habeis querido tanto porque os enseñabaalcones ? ¿ Por qué no estoy admitido en el consejo ? yo hablaria en él tan bien como todos vuestros viejos de gorguera, porque tengo ideas nuevas y mejor brazo para servirlos. Vuestro cardenal ha sido causa de que no lo hubieseis hecho ya, y he ahí porque yo le detesto, porque os aparta de mí, prosiguió Cinq-Mars enseñando los puños como si Richelieu estuviera delante; sí, le mataria por mi mano si fuese preciso.

Effiat tenia los ojos encendidos de cólera, pateaba en el suelo al hablar, y volvió la espalda al rey como un niño enfurruñado apoyándose en una de las columnitas del tragaluz.

Luis que temblaba de tomar cualquier resolucion y que se asustaba de no ver remedio á las cosas, le agarró la mano.

Oh flaquezas del poder! ¡oh caprichos del corazón humano! con aquellos arrebatos infantiles, con aquellos defectos de la edad gobernaba aquel mozo al rey de Francia á la

par del primer político de entonces. Creía el príncipe, y con algun viso de razon, que un caracter tan arrebatado debia de ser sincero, y su cólera misma no le causaba enfado. Esta ademas no era motivada por sus verdaderas reconvenciones, y le perdonaba que aborreciese al cardenal. Complaciale la idea de la envidia de su favorito al ministro, porque suponía apego á su persona, y solo temia su indiferencia. Sabíalo Cinq-Mars y habia querido evadirse de aquel modo, preparando así al rey á mirar como un juego de niño todo cuanto habia hecho, y como consecuencia de su amistad por él; pero el peligro no era tan grande, y así respiró cuando le dijo el príncipe.

— No se trata del cardenal, á quien yo no quiero mas que á tí; pero te reconvengo por tu escandalosa conducta, y me costará mucho trabajo perdonarte. ¿Sabéis, caballero, que tengo noticia de que en lugar de hacer las devociones á que os he acostumbrado, cuando yo os creía rezando el rosario, os salís de San German, y parte de la noche vais á pasar ¿en casa de quién? ¿me atreveré á decirlo sin

pecar ? en casa de uua muger que tiene perdida su reputacion, que solo puede mantener con vos relaciones perniciosas á la salvacion de vuestra alma, y que recibe en su casa á hombres de ingenio, Marion Delorme, en una palabra. ¿ Qué teneis que responder ? Hablad.

Dejando su mano en la del rey, pero apoyado siempre en la columna, Cinq-Mars respondió.

— ¿ Es un delito pués dejar graves ocupaciones por otras mas graves todavia ? Si voy á casa de Marion Delorme, es por oír la conversacion de los sábios que allí se juntan. Aquella reunion no puede ser mas inocente: tienéanse allí lecturas que alguna vez duran hasta muy entrada la noche, es verdad, pero que no pueden menos de ensalzar el alma en vez de corromperla. Además vos no me habeis mandado nunca que os diese cuenta de todo; mucho tiempo que os lo hubiera dicho si lo hubieseis querido.

— Ay, Cinq-Mars ! Cinq-Mars ! ¿ dónde está la confianza ? ¿ No sientes tú la necesidad de ella ? Esa es la primera condicion de una

amistad perfecta como debe ser la nuestra, como la que necesita mi corazon.

La voz de Luis era mas cariñosa, y mirándole el favorito por encima del hombro, puso un gesto menos colérico, pero enfadado únicamente y resignado á escucharle.

— ¡ Cuántas veces me has engañado ! prosiguió el rey ; ¿ puedo fiarme de tí ? ¿ No son galancetes y pisaverdes todos los que ves en casa de esa muger ? ¿ No van allí otras cortesanas ?

— Ay Dios mio ! no , señor ; voy frecuentemente con un amigo mio , un hidalgo de Turena, llamado René Descartes.

— Descartes ! Yo conozco ese nombre ; sí, es un oficial que se distinguió en el sitio de la Rochela, y que entiende de escribir; tiene buena reputacion de devoto, pero es amigo de Desbarreaux, que es un gran ingenio. Estoy seguro de que ves allí á muchas gentes de trato peligroso para tí, muchos jóvenes sin familia y de oscuro nacimiento. Vamos, dime ¿ á quien has visto allí la última vez ?

— Ay Dios mio ! apenas me acuerdo de sus nombres, dijo Cinq-Mars con los ojos distrai-

dos; alguna vez no los pregunto.... Primeramente estaba un cierto caballero, caballero.... Groot ó Grotius, un holandés.

— Lo sé, un amigo de Barneveldt le doy; una pensión. Yo le queria bastante, pero el Cardenal..... pero me han dicho que era un religionario exaltado.

— Tambien he visto á un ingles, llamado Juan Milton; es un joven que viene de Italia y se vuelve á Londres; apenas habla.

— No le conozco, no sé absolutamente quien es; pero estoy seguro de que será tambien algun religionario ¿ Y quienes eran los franceses?

— Aquel joven que ha compuesto á *Cinna* y que ha sido rechazado tres veces de la *Academia eminente*; estaba enfadado de que Ryer ocupase su lugar. Se llama Corneille.

— Pues bien! dijo el rey cruzando los brazos y mirándole con aire de triunfo y de reconvencion, preguntóle ¿ qué gente es esa? ¿ Te debía yo de ver en semejante compañía?

Cinq-Mars se quedó cortado al oír aquella observacion de que se resentia su amor propio, y dijo acercándose al rey:

—Teneis mucha razon, señor; pero no es ninguna falta pasar una hora o dos oyendo cosas bastante buenas; ademas van allí algunos personajes de la corte, como el duque de Bouillon, el señor de Aubijoux, el conde de Brion, el cardenal de la Valette, los señores Montresor y Fontrailles: y hombres ilustres en las ciencias; como Mairet, Colletet, Desmarets, autor de la Ariana, Charpentier que ha escrito la hermosa Ciropedia; Giry, Besons y Baro, continuador de la *Astrea*, todos académicos.

— En hora buena! esos son hombres de verdadero mérito; sobre ellos nada hay que decir, y su compañía no puede hacer mas que provecho. Son hombres de peso, y que tienen ya sentada su reputacion. Vaya, compongamonos, niño; dame esa mano y yo te permitiré ir allí algunas veces, pero no me engañes, pues ya ves que lo sé todo. Mira aquí.

Al decir estas palabras, sacó el rey de una arca de hierro arrimada á la pared unos gruesos rollos de papel escritos en una letra muy delgada. Sobre uno de ellos se leia *Baradas*, sobre otro *Hautefort*, y sobre el tercero *La*

Fayette y Cinq-Mars sobre el último.

— Mira cuantas veces me has engañado! Estas son las faltas que has cometido y he ido apuntando yo mismo desde hace dos años que te conozco; he escrito dia por dia todas mis conversaciones. Sientate.

Sentóse Cinq-Mars suspirando, y tuvo la paciencia de escuchar durante dos largas horas un extracto de todo lo que su amo habia tenido la paciencia de escribir durante dos años; llevóse muchas veces la mano á la boca mientras que leia, lo cual haríamos también nosotros de seguro, si hubiéramos de referir estos diálogos que se encontraron puestos en el mayor órden á la muerte del rey, al lado de su testamento. Dirémos unicamente que acabó así.

— Por último, mira lo que hiciste el 7 de diciembre hace tres dias; te hablaba del vuelo del esmerejon y de los conocimientos de montería que te faltan; deciate refiriéndome á la *Caza Real*, obra del rey Carlos IX, que despues que el montero ha acostumbrado á su perro á seguir una res, debe pensar que tiene deseos de volver al bosque, y que es menes-

ter no hostigarle, ni pegarle, para que siga bien las huellas; y que para enseñar á un perro á tomar una buena direccion, conviene no dejar senda ni travesia que no huela con las narices.

He aqui lo que me has respondido (y con tono enfadado, notalo bien): A fé mia, señor que quisiera me dieseis mas á dirigir regimiento que aves y perros de caza. Estoy seguro de que se burlarian de vos y de mí, si supiesen en qué estábamos pensando.—Y el dia 3.º esperad, sí, el dia 8, cuando estábamos cantando vísperas juntos en mi cuarto, tirastes el libro á la lumbre con cólera, lo cual es una impiedad, y luego me dijiste que le habias dejado caer: pecado, pecado mortal; mira, he escrito debajo, *mentira*, con una raya por debajo. A mí no se me engaña nunca, ya te lo decia yo.

—Pero, señor.

—Un instante, un instante; por la tarde contastes del cardenal que habia mandado quemar un hombre injustamente y por odios personales.

—Y lo repito, y lo sostengo, y lo probaré,

señor , es el mayor crimen de ese hombre á quien rehusais retirar vuestra gracia y que os está haciendo desgraciado , todo lo he visto y oido por mí mismo en Loudun , Urbam Graudier fué asesinado mas bien que juzgado ; ea , señor , una vez que teneis esas memorias en la mano , leed otra vez las pruebas que os dí entonces.

Buscando Luis la página señalada y reparando el viage de Perpiñan á París , leyó atentamente toda la relacion exclamando :

— ¡Qué horrores ! ¡Cómo lo habia yo echado en olvido ? Este hombre me fascina , es una verdad . Tu , Cinq-Mars eres mi verdadero amigo . ¡Qué horrores ! mi reino quedará manchado . El ha estorbado que llegasen á mí las cartas de toda la nobleza y de todas las personas de respeto del pais . ¡Quemar vivo ! ¡Quemar vivo ! sin pruebas ! por venganza ! Un hombre , un pueblo han invocasu nombre en valde , una familia le maldice ahora ; ¡ Ay que desgraciados son los reyes

El príncipe tiró los papeles al acabar , y se puso á llorar amargamente .

— Ay , señor ! ¡ qué hermosas son esas ar-

mas que derramais! exclamó Cinq-Mars con una sincera admiracion: ¡Porqué no está aqui conmigo toda la Francia! quedaria sorprendida de un espectáculo á que apenas se atreveria á dar crédito.

— ¡Quedaria sorprendida! ¿no me conoce pues la Francia?

— No, señor, dijo Effiat con franqueza; nadie os conoce, y yo mismo os acuso como todos de una frialdad é indiferencia absoluta.

— De frialdad! cuando me muero de pena; de frialdad cuando me he inmolido á sus intereses! Ingrata nacion! Le he sacrificado todo, hasta el orgullo, hasta la dicha de dirigirla por mi mismo, porque temia por ella el estado peligroso de mi salud; he dejado llevar mi cetro á un hombre que aborrezco, porque he creido que su mano era mas vigorosa que la mia; he sobrellevado el mal que me causababa personalmente, pensando que hacia el bien de mis pueblos; he devorado mis lágrimas por sacar las suyas; y veo que mi sacrificio era aun mayor que yo creia porque no le han echado de ver; me han

eresdo incapaz, porque era tímido y débil, porque desconfiaba de mis fuerzas; pero no importa! Dios me vé y me conoce.

—Ay, señor, mostraos á la Francia tal como sois; sembrad vuestro poder usurpado, y hará por amor vuestro lo que el temor no lograba de ellas; volved á la vida, subid otra vez al trono.

—No, no; mi vida se acaba, Cinq-Mars, y yo no estoy capaz de sobrellevar los trabajos del poder snpremo.

—Ay señor esa sola persuasion os priva vuestras fuerzas. Tiempo es por último de que se deje de confundir al crimen con el poder y de llamar á su union genio. Alzese vuestra voz para anunciar á la tierra que con vuestro reinado va ya empezar el de la virtud, y al punto caerán ante una palabra salida de vuestra boca esos enemigos que tanto trabajo le cuesta reducir al crimen. Aun no se ha calculado todo cuanto puede hacer con su pueblo la buena fé de un rey de Francia; ese pueblo á quien la imaginacion y el calor del entusiasmo arrastran tan aceleradamente hacia todo lo que es generoso, y que

siempre está pronto á hacer toda especie de sacrificios. El rey vuestro padre nos gobernaba con una sonrisa; ; qué no haria una sola lágrima vuestra! no teneis mas que abrir la boca.

Durante este discurso el rey sorprendido se sonrojó varias veces, tosió y dió muestras de gran perplejidad como siempre que se le queria arrancar una decision: conocia que se iba á suscitar una conversacion demasiado elevada de la que le impediria aventurarse la timidez de su espíritu, y llevando con frecuencia la mano hácia el pecho, frunciendo las cejas como si sintiese un dolor vivo, trató de retirarse por la enfermedad de no querer responder: pero fuese arrebató ó resolucion de dar el último golpe; ello es que Cinq-Mars continuó sin turbarse con una solemnidad que imponia á Luis. Forzado este en sus últimos atrincheramientos le dijo.

Pero Cinq-Mars ¿como se deshace uno de un ministro que hace 18 años nos está rodeando de hechuras suyas?

No es tan poderoso replicó el caballero mayor y á una seña vuestra sus amigos serán

sus mas crueles adversarios. Aun existe la antigua liga de los *Principes de la Paz* y no se ha pronunciado ya por el respeto debido á la eleccion de Vell.

— Dios mio ! diles desde luego que por mí no se detengan , yo no les estorbo , á mí no me han de acusar de cardenalista. Si mi hermano me proporciona el medio de reemplazar á Richelieu , lo haré con todo mi corazon.

— Señor, creo que os hablará hoy del Sr. duque de Bouillon , que es el designado por todos los realistas.

— No le aborrezco dijo el rey, componiendo la almohada de su silla , no le aborrezco y eso que es un poco faccioso. Somos parientes. ¿Sabes tú que descende de San Luis en línea recta por Carlota de Borbon hija del duque de Montpellier ? Sabes tú que han entrado en su familia siete princesas de la sangre y que ocho de la suya, una de las cuales fue reina, se han casado con príncipes de la casa real. Oh ! no le aborrezco ni nunca he dicho otra cosa.

—Pues bien , señor , dijo Cinq-Mars con confianza , Monsiur y él os explicarán mien-

tras la caza como se ha preparado todo, quienes son los que se han de colocar en vez de sus hechuras, quienes los maestros de campo y los coroneles con que se puede contar contra Fabert y todos los cardenalistas de Perpiñan.

Vereis cuan poco partido tiene el ministro por sí.

La Reina, Monsiur, la nobleza y los parlamentos están de nuestra parte: es asunto concluido solo con que V. M. deje de oponerse. Han tratado de que desaparezca Richelieu como el mariscal de Ancre que no lo tenia tan merecido.

—Cómo Concius? dijo el rey. Oh! no, no es menester... ni yo puedo permitirlo..... Es sacerdote y cardenal, quedariamos escomulgados. Si se puede hacer de otro modo, hágase enhorabuena; diselo á tus amigos que por mi parte, lo pensaré tambien.

Suelta ya esta palabra, Luis se abandonó á su resentimiento como si acabara de satisfacerle, como si hubiera dado ya el golpe. No agradó esto mucho á Cinq-Mars porque temió que desahogase así su cólera; sin embar-

go creyó en sus últimas palabras, sobre todo cuando despues de quejas interminables añadió Luis.

— En fin ¿querras creer que despues de dos años que lloro á mi madre, despues de aquel dia en que se burló de mí tan cruelmente delante de mi corte, pidiéndome le alzase el destierro cuando sabia su muerte, desde entonces no he podido aun conseguir que la entierren en Francia con mis padres? él ha desterrado hasta sus cenizas!

En este momento creyó Cinq-Mars oír ruido en la escalera y el rey se alteró un poco.

—Vete, dijo, ve á prepararte pronto para la caza, irás á caballo cerca de mi carroza, yo lo quiero; vete.

Y él mismo empujó á Cinq-Mars hácia la escalera y entrada por donde habia venido.

Salió el favorito á quien no se le ocultó la turbacion de su señor.

Bajaba poco á poco investigando la causa en sí mismo, cuando creyó oír ruido de pies que subian por una parte de la doble escalera mientras él bajaba por la otra: se paró y se pararon, volvió á subir y le pareció que ba-

jaban: sabia que nada se podía ver al través de las luces y se decidió á salir impaciente de este juego pero muy inquieto. Hubiera querido poder quedarse á la puerta de la entrada para ver quien era. Mas apenas hubo levantado la colgadura que daba á la sala de guardias, cuando una multitud de cortesanos que le esperaban le rodeó y obligó á alejarse para dar las órdenes de su incumbencia ó recibir cumplimientos, confianzas, solicitudes, recomendaciones, abrazos y ese torrente de relaciones graduales que tiene un favorito y para las que necesita atencion asidua, porque una distraccion puede traer grandes desgracias. Asi es que olvidó esta circunstancia que podía ser imaginaria, y entregándose á las dulzuras de una especie de apoteosis continua montó á caballo en el patio, servido por nobles pages y rodeado de los mas brillantes caballeros.

No tardó en llegar *Monsieur* seguido de los suyos, y no habia pasado una hora cuando apareció el rey descolorido, lánguido y apoyado en cuatro hombres. Echó pie á tierra Cinq-Mars y le ayudó á subir á una especie de carruage muy bajo que le llamaban *brueta*,

desde el cual guiaba el mismo Luis XIII sus dos dóciles caballos. Los picadores á pie llevaban junto al estribo los perros atrahillados y al sonido del cuerno centenares de jóvenes montaron á caballo y marcharon todos al sitio de la caza.

Habíala fijado el rey en una quinta llamada Ormage, y toda la corte acostumbrada á sus usos se esparció por las veredas del parque, mientras el rey iba despacio por un sendero aislado llevando junto á sí al caballerizo mayor y cuatro personajes á quienes habia hecho seña de que se acercaran.

Siniestro era el aspecto que presentaba aquella diversion; la aproximacion del invierno habia hecho caer casi todas las hojas de las grandes encinas del parque, y las negras ramas parecian con lo pardo del cielo los brazos de los candelabros fúnebres; una ligera niebla parecia anunciar una próxima lluvia; al traves del iluminado bosque y de las tristes ramas de los árboles veíanse pasar las pesadas carrozas de la corte llenas de mugeres vestidas con uniformidad de negro y condenadas á esperar el resultado de una ca-

za que no veían; las saurias daban voces lejanas, y oíase algunas veces el cuerno como un suspiro: un viento frío casi cómodo obligaba á cubrirse y algunas mugeres echándose el velo ó poniéndose una máscara de terciopelo negro para libertarse del aire que no evitaban las cortinillas de sus coches (porque aun no había cristales) parecía que llevaban el traje que llamamos *dominó*. Todo estaba lánguido y triste. Solo algunos grupos de jóvenes llevados de la caza atravesaban como el viento por la estremidad de una fila de árboles gritando ó sonando el cuerno, después todo volvía á quedar en silencio como después de una fiesta de pólvora parece mas oscuro el cielo.

Algunos cortesanos embozados en sus capas se habían reunido en un sendero paralelo al que el rey llevaba: aparentando ocuparse poco del corzo caminaban á la altura del carruaje del rey á quien no perdian un momento de vista. Hablaban á media voz.

— Bien, bien, Fontrailles, victoria! El rey se coge de su brazo á cada instante. Ved como se le sonríe. El Sr. Mayor se apea y

sube á su lado. Vamos, vamos, de esta queda perdido el zorro viejo.

— Ah! pues eso todavía no es nada: ¿no habeis visto como ha cogido el rey la mano de *Monsieur*? Os ha hecho seña, Montresor Gondi, mirad.

— Si, mirad! eso se dice muy facilmentes pero yo no veo con mis ojos, no tengo mas que los de la fé y los vuestros. ¿Pero qué es lo que hacen? Quisiera ver bien: contadme-lo ¿qué es lo que hacen?

Montresor replicó:

— El rey se inclina al oido del duque de Bouillon y le está hablando: todavía le habla, acciona, no cesa. Oh! va á ser ministro.

— Será ministro, dijo Fontrailles.

— Lo será, dijo el conde de Luda.

— Qué duda tiene? repuso Montresor.

— Me dará un regimiento y me casaré con mi prima, exclamó Oliverio d' Entraignes en tono de page.

El Abate Gondi riéndose y mirando al cielo se puso á cantar en aire de caza.

Hoy está bueno el viento
para chorlitos.

Creo señores, que veis menos claro que yo ó que se hacen milagros en el año de gracia de 1642, porque Mr. Bouillon sera ministro..... como yo, aunque lo besara el rey. Tiene grandes cualidades, pero no llegará á serlo porque es de una pieza; sin embargo yo le aprecio por su vasta y necia ciudad de Sedan que es un buen foco para nosotros.

Montresor y los demas estaban demasiado atentos á todos los movimientos del príncipe para responder, y continuaron.

— Ahora toma el señor mayor las riendas de los caballos y los guia.

El Abate volvió á cantar en el mismo aire

Tú que diriges mi coche
no me vuelques postillon.

— Abate! vuestras canciones me han de volver loco, dijo Fontrailles, teneis música para todos los acontecimientos de la vida?

— Yo os proporcionaré acontecimientos que suadren á toda música, replicó Gondi.

— A fe mia que me gusta la de estos repuso en voz baja Fontrailles. *Monsiur* no me obligará á ir á Madrid á llevar su diablo de tratado y no me pesa porque es encargo espino.

so. No se pasan los Pirineos tan facilmente como se cree y el cardenal está en camino.

—Ha! ha! ha! exclamó Montresor.

—Ha! ha! dijo Oliverio.

—Que significa ese ha! ha! dijo Condi ¿qué gran descubrimiento es el que habeis hecho?

—Por esta vez á fe mia que el rey ha tomado la mano de Monsiur. Loado sea Dios señores, ya estamos libres del cardenal. El viejo jabali se ve acosado. ¿Quién se encargará de despacharlo? Es preciso echarlo á la mar.

—Eso sería demasiado bueno para él, dijo Oliverio, es preciso juzgarlo.

—Ciertamente dijo el Abad, como que? No nos faltarán acusadores contra un insolente que se ha atrevido á despedir á un page ¿no es verdad? Despues deteniendo su caballo y dejando andar á Oliverio y Montresor se inclinó al lado de M. de Lude que hablaba con dos personajes mas serios y le dijo:

En verdad que estoy por contarselo tambien á mi ayuda de camara; jamas se ha visto tratar una conspiracion con tal descuido y lijereza. Las grandes empresas exigen mis-

terio, y esta sería admirable si se ocuparan de ella. Esta partida es de lo mejor que yo he leído en la historia; por ella podían derro- carse tres reinos si se quisiera; pero las ca- laveradas malograrán todo. Sera una lastima, yo lo sentiria mucho. Yo naturalmente soy dado á esta clase de negocios y me he metido con gusto en este que verdaderamente es grande, no se le puede negar. No es asi, Au- vijoux? no es verdad Mortmont?

Durante estos discursos varias grandes y pesadas carrozas de á cuatro y seis caballos seguian el mismo camino de arboles á dos- cientos pasos de estos señores, las cortinillas del lado izquierdo iban descorridas para ver al rey. En el primero iba la reina; iba sola en el fondo vestida de negro y con velo: en la delantera iban la mariscal de Effiat y á los pies de la reina la princesa Maria. Sen- tada de lado, sobre un taburete salain del coche su traje y sus pies que se apoyaban en una banqueta dorada, porque no habia en- tonces portezuelas como ya hemos dicho. Tambien queria espiar al traves de los arbo- les los movimientos del rey y se inclinaba

muchas veces por estorbárselo el continuo pasar de los caballos del príncipe Palatino y su comitiva.

El rey de Polonia había mandado este príncipe del Norte para arreglar grandes negocios al parecer, pero en el fondo á disponer á la duquesa de Mantua para que se casara con el anciano rey Uladislao VI y él desplegaba en la corte de Francia todo el lujo de la suya llamada entonces en Paris *Barbara y sexta*, cuyos nombres justificaba con trajes extranjeros y orientales. El Palatino de Posnania era muy hermoso y llevaba igualmente que los de su comitiva la barba larga y espesa, la cabeza rapada á la turca cubierta con un gorro, una túnica corta en riqueza de diamantes y rubies, su caballo era bayo y lleno de plumas. Tal era el aspecto de los polacos que nuestro siglo 17 llamaba asiáticos en la ciudad que el naciente 19 acaba de ver ocupada dos veces por los moscovitas europeos. Es para estremecerse el considerar la aprieta que madura el tiempo á los pueblos.

Harta estaba Maria de Gonzaga de los saludos, reudidos y gracias orientales de este

extrangero y de su comitiva. Siempre que pasaba por delante de ella se creia obligado á dirijirla un cumplimiento medio francés, en que mezclaba torpemente algunas palabras de esperanza y de reinado. No encontró ella otro medio de deshacerse de él que llevarse muchas veces el pañuelo á la nariz diciendo en voz alta á la reina:

—En verdad señora que daña el corazon el olor que llevan encima esos caballeros.

—Será preciso sin embargo que fortalezcáis vuestro corazon y os acostumbreis á ellos, respondió con alguna sequedad Ana de Austria.

Pero temiendo haberla aflijido, continuó con jovialidad, ya sabeis que en punto á olores yo soy muy sufrida. Me decía no ha mucho tiempo Mr. Mazarin que mi castigo en el purgatorio habia de ser respirar malos olores y acostarme en sabadas de Holanda.

A pesar de algunas palabras festivas la reina permaneció grave y volvió á quedar en silencio. Sepultandose en su carroza cubierta con su toca y no apercibiéndose al parecer de lo que en torno suyo pasaba, se dejaba

llevar entregada al movimiento del carruaje. Maria fija siempre en el Rey hablaba á media voz con la mariscal de Effiat: ambas trataban de inspirarse esperanzas que no tenian y se engañaban por amistad.

—Os doy la enhorabuena, señora, Mr. le Grand está sentado junto al rey; nunca ha estado mas lejos, decia Maria.

Despues callaba largo tiempo y el carruaje rodaba tristemente sobre las marchitadas hojas.

—Si, lo veo con gran placer, el rey es tan bueno! respondió la mariscal y suspiraba profundamente. Siguióse otra vez un silencio largo y sombrío: ambas se miraron y vieron mutuamente sus ojos arrasados de lágrimas. No osaron hablarse y María bajando la cabeza no vió mas que la tierra húmeda que huia debajo de las ruedas. Una triste medicacion llenaba su alma y aunque tenia á la vista el espectáculo de la primer corte de Europa á los pies de aquel á quien amaba, todo le daba miedo y negros presentimientos la estremecian involuntariamente.

De repente un caballo pasó delante de ella

como el viento, levantó los ojos y pudo ver el rostro de Cinq-Mars. El no la miraba, pálido como un cadáver, sus ojos se ocultaban bajo sus fruncidas cejas y la sombra de su calado sombrero. Le siguió con su mirada y temblando: vióle detenerse en medio del grupo de caballeros que precedían á los coches y que le recibieron con el sombrero en la mano. Un momento despues internóse en un soto con uno de ellos, la miró desde lejos y la siguió con la vista hasta que hubo pasado el coche: despues le pareció que daba á este hombre un rollo de papeles desapareciendo en los bosques. No le dejó ver mas la niebla que caia de las que son tan frecuentes en las márgenes del Loira. El sol se mostró primero como una pequeña cuna sangrienta envuelta en una mortaja rasgada y se ocultó por media hora bajo un velo tan espeso que María apenas divisaba los primeros caballos de la carroza, y le parecian sombras los hombres que pasaban á muy corta distancia. Este vapor helado se convirtió en una lluvia penetrante y al mismo tiempo en una nube de olor fétido. La reina la hizo sentar á su lado y

quiso volverse: tomaron hácia Chambord en silencio y al paso. No tardaron los cuernos en tocar la vuelta y recoger las jaurias estraviadas, los cazadores pasaban rápidamente cerca del carruaje buscando su camino entre la niebla y llamándose en voz alta. Muchas veces no veia María mas que la cabeza de un caballo ó salir un cuerpo sombrío del triste vapor de los bosques, y trataba en vano de distinguir algunas palabras. Sin embargo latió su corazón, llamaban á Mr. de Cinq-Mars: *el rey pregunta por el Sr. Mayor* repetian *¿á dónde habrá ido el caballerizo mayor?* Una voz dijo al pasar cerca de ella *ahora mismo se ha perdido.* Estas sencillas palabras la hicieron horripilarse, porque su afligido espíritu les daba un sentido terrible. Este pensamiento la siguió hasta el castillo y hasta sus habitaciones á donde fué á encerrarse. Oyó en seguida el movimiento de la entrada del rey y de *Monsieur*, y despues unos tiros de fusil en el bosque cuyo fuego no se veia. En vano miraba por los vidrios, parecian cubiertos por de fuera con un paño blanco que quitaba la luz.

Entretanto en un extremo del bosque hacia Montfrault se habian extraviado dos caballeros cansados de buscar el camino del castillo en la monotonía semejanza de árboles y senderos; iban á pararse cerca de un estanque cuando saliendo de un soto ocho ó diez hombres se echaron sobre ellos y sin darles tiempo para armarse se colgaron de sus piernas, brazos y bridas de sus caballos, de manera que los tenían sin poder moverse.

Una voz ronca exclamó al mismo tiempo:

—Sois realistas ó cardenalistas? decid ¡viva Le Grand! ó sois muertos.

—Pícares: respondió el primer caballero tratando de abrir sus pistoleras, os he de hacer ahorcar porque abusais de mi nombre.

—Dios es el Señor, exclamó la misma voz.

Al punto todos aquellos hombres dejaron la presa y se dieron á huir por los bosques; una carcajada salvaje resonó y un hombre solo se acercó á Cinq-Mars.

—Amigo no me reconocéis? es una chanza de Santiago el capitán español.

Fontailles se acercó y dijo en voz baja al caballero mayor.

—Ved ahí un valiente emprendedor, o^s aconsejo le empleeis, no estamos para desperdiciar.

—Escuchadme, replicó Santiago de Laubardemont y hablemos pronto. Yo no hago frases como mi padre. Me acuerdo que me habeis sido útil como lo sois vos siempre, sin saberlo; porque he repasado un poco mi fortuna en vuestras agitaciones. Si quereis puedo hacer os un importante servicio; mando algunos valientes.

—Qué servicio? dijo Cinq-Mars, veremos.

—Comienzo por una noticia. Esta mañana mientras vos bajabais del cuarto del rey por un lado de la escalera, el P. José subía por el otro.

—Cielos, ese era el secreto de su repentino é inesplicable cambio: Es posible? Un rey de Francia! y nos ha dejado que le confiemos todos nuestros secretos.

—Qué? no me decis nada? sabeis que tengo que arreglar cierta cuenta antigua con el capuchino.

—Qué me importa? y bajó la cabeza absorto en una profunda meditacion.

—Mucho que os importa, porque si decís una palabra os libro de él antes de treinta y seis horas aunque esté ya muy cerca de París. También si se quisiera podíamos agregarle el Cardenal.

—Déjame, no quiero puñales, dijo Cinq-Mars.

—¡Ah! si os entiendo, repuso Santiago; teteneis razon: os parece mejor que se le despache á estocadas. Es justo, lo merece siquiera por su rango. Mejor es que sean grandes señores los que se encarguen de esto y que el que lo despache esté próximo á ser mariscal. Yo no soy presumido: no se ha de tener orgullo por mérito que uno tenga en su profesion: yo no debo tocar al Cardenal, es bocado de rey.

—Ni á otros, dijo el caballerizo mayor.

—¡Ah! dejadnos siquiera el capuchino, replicó insistiendo el capitán Santiago.

—Mal hareis en rehusar esa oferta, dijo Fontrailles, no se ven de esas todos los dias. Vitry comenzó por Cocini y lo hicieron mariscal. Todos los dias estamos viendo en la corte gentes que han muerto á sus enemigos

por su propia mano en las calles de París y titubeáis en deshaceros de un miserable.

Richelieu tiene sus agentes, es preciso que vos tengais los vuestros; no entiendo vuestros escrúpulos.

—No le atormentéis, dijo Santiago bruscamente, lo conozco, yo he pensado como él cuando era niño antes de racionar. No hubiera yo matado ni un solo fraile; pero yo voy á hablarle

Y volviéndose al lado de Cinq-Mars,

—Escuchad, cuando se conspira, lo que se quiere es la muerte ó la pérdida al menos de alguno. Eh?

Hizo una pausa.

—Ahora bien en este caso está uno enemistado con Dios y de acuerdo con el diablo. Eh?

—*Segundo*, como dicen en la Sorbona preso por mil, preso por mil y quinientas. Eh?

Es indiferente matar mil ó matar uno.

Vamos á ver que respondeis á esto:

—No se puede hablar mejor, doctor en esgrima, respondió Fontrailles medio riéndose, y veo que seriais un buen compañero de viaje. Os llevo á España si quereis.

—Ya sé que vais á llevar el tratado, replicó Santiago, y os conduciré á los Pirineos por caminos desconocidos á los hombres; pero no por eso dejaré de tener una pesadumbre mortal en no haber retorcido el pescuezo antes de marchar á ese chivo viejo que dejamos atrás, como un caballero en medio de un juego de algebrez. Pero, Monseñor, continuó con aire de compuncion dirigiéndose de nuevo á Cinq-Mars, si teneis religion no os resistais mas y acordaos de las palabras de nuestros padres teólogos, Hurtado de Mendoza y Sanchez que han probado que puede uno matar á escondidas á su enemigo porque asi se evitan dos pecados, el de esponer su vida y el de batirse en desafío. Yo siempre he obrado con arreglo á este principio consolador.

—Dejadme, dejadme dijo otra vez Cinq-Mars con una voz sofocada por el furor, estoy pensando en otras cosas.

—¿Cuál puede haber mas importante? dijo Fontrailles; este puede pesar mucho en la balanza de nuestros destinos.

—Estoy examinando tambien cuanto pesa

en ella el corazón de un rey, replicó Cinq-Mars.

—Me habeis asustado, repuso el caballero, no pedimos tanto.

—Tampoco digo yo tanto como vos creéis señor, continuó Effiat con voz severa: se quejan cuando un súbdito les hace traición, En eso es lo que yo pienso. Y qué? la guerra! la guerra! guerras civiles, guerras extranjeras, enciéndanse vuestros furoros! pues que tengo la mecha voy á aplicarla á la mina. Perezca el Estado! Perezcan veinte reinos si es preciso! no deben ocurrir desgracias ordinarias cuando el rey atraiçiona al súbdito. Escuchadme

Y apartó á Fontrailles algunos pasos.

—Yo no os habia encargado sino que preparaseis nuestro retiro y socorros, caso de abandonarnos el rey.

Yo lo habia presentido desde luego, á causa de sus amistades forzadas y me resolví á hacerlos marchar, porque concluyó su conversacion anunciándonos su partida á Perpignan. Yo temia á Narbona, ahora que va allí como á constituirse prisionero del Cardenal.

Partid ~~é inmediatamente~~; á las cartas que os di acompaño el tratado: está bajo nombres supuestos, pero aquí teneis la contra carta firmada por *Monsieur*, por el duque de Bouillon y por mí.

El conde duque de Olivares no desea mas que esto. Aquí teneis tambien firmas en blanco del duque de Orleans que llenareis como querais. Marchad, dentro de un mes os espero en Perpiñan y haré que se abra Sedan á los 17000 españoles que han salido de Flandes.

Despues dirigiéndose al aventurero que le esperaba.—Tecante á vos, valiente, puesto que quereis darla de capitan os encargo escolteis este caballero hasta Madrid y sereis bien recompensado.

Santiago retorciéndose el vigote respondió:

—Bien sabeis lo que os haceis con emplearme! os acreditais de tino y de buen gusto. Sabeis que la gran Reina Cristina de Suecia me ha mandado á llamar y quiere tenerme á su lado como hombre de confianza? Ha sido educada al ruido del cañon por su padre Gustavo Adolfo el Leon del Norte

Gusta del olor de la pólvora y de los hombres valerosos, pero yo no he querido servirla porque es hugonote, y yo tengo ciertos principios de que no me aparto jamás. Así por ejemplo, os juro por Santiago hacer pasar al Señor por los puertos de los Pirineos y Oleron con la misma seguridad que por estos bosques y defenderle contra el diablo si es menester y á vuestros papeles que volveremos á traer sin una mancha ni una rozadura. En cuanto á recompensas, no las quiero: las encuentro siempre en la acción misma. Por otra parte yo nunca recibo metálico porque soy caballero. Los Laubardemont son muy antiguos y muy buenos.

—A Dios pues, hombre noble, dijo Cinq-Mars, marchad.

Después de haber estrechado la mano á Fontrailles se internó sollozando por el bosque para volver al castillo de Chambor.



CAPITULO XX.

La lectura.

Las circunstancias descubren por decirlo así el reinado del jenio último recurso de los pueblos gastados. Los grandes escritores..... esos reyes sin nombre, pero que reinan verdaderamente por la fuerza de su caracter y la grandeza de sus pensamientos, son elegidos para los sucesores á que deben dominar, sin antepasados y sin posteridad, únicos de su raza, despues de cumplir su mision desaparecen, dejando al porvenir ordenes que ha de ejecutar fielmente

F. DE LA MENNAIS.

Poco tiempo despues, una noche se vieron parar muchas carrozas junto á una casita muy linda en un angulo de la plaza real y abrirse con frecuencia una puerta á que se subia por tres escalones de piedra. Muchas veces

salieron los vecinos á sus ventanas quejandose del ruido que se metia hasta las siete de la noche á pesar del miedo á los ladrones, y las rondas se admiraron y detuvieron muchas veces no retirandose sino porque venian junto á cada coche diez lacayos con bastones y hachas. Un caballero joven seguido de tres lacayos entró preguntando por la señorita de Lorme; llevaba una larga espada con lazos color de rosa: el mismo se veia en sus zapatos de tacón alto que tapaban casi enteramente sus pies que volvia mucho hacia fuera segun la moda. Se retorcia el rizado vigote y peinaba antes de entrar su barba lijera y puntiaguda. Un grito general se oyó al anunciarle.

—Gracias á Dios! esclamó una voz joven y sonora. Bien se ha hecho esperar el amable Desbarreaux. Vamos, pronto, una silla, ponéos junto á esta mesa y leed.

Era la que hablaba muger de unos veinte y cuatro años, alta, hermosa á pesar de su atezado cabello y de su cutis cetrino. En sus modales se notaba algo de varonil que parecia haberlo tomado de su sociedad, compuesta de

hombres únicamente: les cojia el brazo al hablar con una libertad que ella misma les comunicaba. Sus espresiones eran mas animadas que festivas, y muchas veces escitaba la risa; pero solo en fuerza de su talento causaba alegria, si puede decirse asi; porque su cara apasionada como era parecia incapaz de plegarse á la risa, y sus ojos grandes y azules, con cabellos de azabache, le daban á primera vista un aspecto extraño.

Besole la mano Desbarreaux con aire galante y caballeresco, y despues hablando dió con ella una vuelta al salon que era bastante grande donde estaban reunidas treinta personas poco mas ó menos: unos estaban sentados en sillones, otros hablando de pie en el esconce de las ventanas bajo hermosas colgaduras. Unos eran hombres oscuros, muy ilustres ahora, otros hombres ilustres muy oscuros para nosotros que somos su posteridad. Saludó entre ellos profundamente á los señores Aubijoux Briontellontmort y otros caballeros que estaban allí para juzgar: apretó la mano con estimacion á los señores Montereul, Sirmond, Malleville, Baro, Gombault y otros sabios casi to-

dos llamados grandes hombres en los anales de la academia de que eran fundadores titulada entonces ya la *Academia de los nobles Ingenios* ya la *Academia Eminente*. Pero el señor Desbarreaux apenas saludó con la ca beza al joven Corneille que hablaba en su rincon con un extranjero y un joven que presentó á la señora de la casa con el nombre de señor Poquetin hijo del ayuda de camara talavertero del rey. El uno era Moliér y el otro Mitton. (1)

Antes de la lectura del joven Sibavita se suscitó un gran altercado entre él y otros poetas ó prosistas de entonces: hablaban entre sí con mucha facilidad haciendose mutuas replicas; un language inconcebible para un buen hombre que sin estar iniciado hubiera caído de repente entre ellos. Se apretaban afectuosamente la mano con cumplimientos y alusiones sin número á sus obras.

—Ah! ilustre Baro! exclamó el reciénvenido: he leído vuestra septilla. ¡Que sextilla que llena está de galanteria y ternura!

—Que deciais de ternura interrumpió Ma-

(1) Mitton fue aquel año á París al volver de Italia para Inglaterra (V. Tolaud vida de Mitton.)

vion de Lorme. Habeis conocido alguna vez ese pais? Os habeis detenido en la aldea del gran Ingenio y en el de Lindos Versos; pero no habeis pasado de ahi. Si el señor gobernador de nuestra señora de la Guardia gusta de enseñarnos su nueva carta os diré donde estais.

Levantose Soudory con aire fanfarron y pedantesco y desarrollando sobre la mesa una especie de mapa jeografico lleno de lazos azules enseñó las líneas de tinta de rosa que él mismo habia tirado. Este es el mas hermoso trozo de Clelia, dijo: tienen en general por muy galante esta carta y no es mas que una simple distraccion del espiritu para complacer á nuestro pequeño partido literario. Sin embargo como hay de todo en el mundo creo que no la entenderan muchos de los que la vean. Este es el camino que hay que andar desde *Nueva Amistad* á *Ternura* y observad señores que como se dice *Cumas* en el mar de Jonia, *Cumas* en el mar Tirreno, se dirá tambien, *ternura sobre inclinacion*, *ternura sobre aprecio* y *ternura sobre agradecimiento*. Será precisó comenzar por habitar

los pueblos de *Gra, Corazon, Jenerosidad, Exactitud, Atenciones.*

—Ah! Que bueno es eso: interrumpió Desbarreaux. En efecto, mirad, esta marcado el pueblo: he aqui atenciones, *billete galante*, despues *billete dulce*. Oh! esto es de lo mas ingenioso, dijeron Vangelas, Colletel y todos los demas.

—Y observad, prosiguió el autor envanecido con el triunfo, que es preciso pasar por *complacencia y sensibilidad* y de no tomar este camino se arriesga el estraviarse yendo á hablar á la *tibiezu olvido* y se cae en el lago de la *indiferencia*.

—¡Delicioso, delicioso galante hasta lo sumo! exclamaban todos los oyentes. No cabe mas talento.

—Y bien, señora, replicaba Saulery, lo digo en vuestra casa; esta obra impresa bajo mi nombre, es de mi hermana la que ha traducido á Sate tambien. Y sin que nadie se lo pidiese declamó en tono enfatico unos versos que concluian asi.

El amar es un dolor (1)

(1) Lease la Clelia como 1.º

de que no puedo sanar,
 mas á vivir sin amar
 prefiero morir de amor.

—Como! tanto talento tenia esa griega! No puedo creerlo exclamó Mavion de Elorme; es muy inferior á la señorita Sendeuy. Esta idea es suya, decidle que ponga en Clelia esos preciosos versos; que bien estaran en aquella historia Romana!

—Oh, si, perfectamente, digeron todos los demas sabios; son amadores tan galantes Horacio, Arunce y el amable Porœuna!

Todos estaban inclinados sobre el mapa de *Ternura*, y sus dedos se cruzaban y tropezaban siguiendo las revueltas de los rios amorosos. El joven Poquelin se atrevió á levantar su voz timida y melancolica mirada diciendoles:

—¿Para qué sirve eso? Para recreo propio á distraccion ajena? Porque en ese caso ni el señor me parece muy satisfecho, ni yo muy divertido.

Miradas de desprecio fueron la única contestacion que recibió y se consoló discurriendo las *preciosas ridiculas*.

Preparábase Desbarreaux á leer un soneto piadoso que se acusaba de haber hecho en su enfermedad. Parecia avergonzarse de haber pensado un momento en Dios viendo el trueno y se sonrojaba de esta debilidad; la señora de la casa le detuvo.

—No es tiempo todavía de que digais vuestros hermosos versos, porque os interrumpirian; estamos esperando al caballero mayor y otros caballeros; sería un asesinato dejar hablar á un *noble ingenio* en medio de esta algazara y desorden; pero ahí teneis un joven inglés que viene de viajar por Italia y vuelve á Londres. Me han dicho que estaba componiendo no sé que poema, nos dirá algunos versos. Muchos de estos señores de la compañía iminente saben el inglés y para los demas ha hecho traducir á un antiguo secretario del duque de Buchingham los pasages que va á leer, y ahí sobre la mesa teneis la copia en francés.

Diciendo esto las tomó y distribuyó entre sus eruditos. Sentáronse y reinó silencio. Algun tiempo se necesitó para que se decidiese á hablar el joven estranjero y á salir del es-

Conce de la ventana donde parece se estendia bien con Corneille. Se adelantó por fin hasta la silla colocada junto á la mesa: parecia de salud flaca y cayó mas bien que se sentó en la silla. Apoyó el codo sobre la mesa cubrió con la mano sus grandes y hermosos ojos, pero medio cerrados y enrojecidos de velar ó de llorar. Dijo sus fragmentos de memoria, sus desconfiados oyentes le miraban con aire activo ó al menos de proteccion y otros examinaban descuidadamente la traduccion de sus versos.

Su voz apagada al principio se aclaró con la misma armonia de la narracion; el soplo de la inspiracion le arrebató y su mirada fija en el cielo era sublime como la del joven evangelista que inventó Rafael, porque la luz se reflejaba aun ella. Anunció en sus versos la primer desobediencia del hombre é invocó al Espiritu Santo que prefiere á todos los templos un corazon sencillo y puro, que sabe todo y que asistió, al nacimiento del tiempo.

Un profundo silencio siguió á este principio y un leve murmullo al ultimo pensamiento. El no oia ni veia sino al traves de

una nube estaba en el mundo de su creacion y prosiguió:

Su voz tronadora comenzó el discurso del príncipe de los demonios. Eres tú, decia, aquel á quien rodeaba una deslumbradora luz en las afortunadas regiones del dia. Oh! cuán abatido estás! ven conmigo. Qué importa ese campo de nuestras celestiales batallas? Se ha perdido todo? Una voluntad de hierro, un inalterable espíritu de venganza, un odio inmortal, un valor que no sucumbirá jamás, conservar todo esto, no es una victoria?

Aquí llegaba cuando un lacayo anunció la llegada de los señores Montresor y Entraigues. Saludaron, hablaron, descompusieron las sillas y por fin tomaron posicion. Los oyentes se aprovecharon para entablar diez conversaciones particulares en que no se oía mas que algunas palabras de censura y de reconvenciones por mal gusto: algunos por rutina decian que no lo entendían, que era superior á su inteligencia (no creyendo que decian la verdad) y con esta falsa humildad se grangeaban un cumplido y el poeta una injuria, doble ventaja. Alguna voz hubo que dijo la palabra profanacion.

El poeta interrumpido puso los codos en la mesa y la cabeza entre ambas manos para no oír aquel ruido de política y censura. Tres hombres solos se acercaron á él: un oficial Poquelin y Corneille; éste dijo al oído de Milton.

--Os aconsejo que cambiéis de cuadros; vuestros oyentes no están á la altura de este.

El oficial apretó la mano del poeta inglés, y le dijo

--Os admiro con toda mi alma.

El inglés sorprendido le miró y vió una fisonomía espiritual, apasionada y enferma.

Le hizo una señal con la cabeza y trató de recogerse para continuar. Su voz volvió á tomar una espresion dulcísima al oído, hablaba de la corta felicidad de las dos mas hermosas criaturas; pintó su magestuosa desnudez, el candor de su mirada, el andar entre tigres y leones que jugaban á sus pies; dijo tambien la pureza de su oracion de la mañana y sus encantadoras sonrisas.

Dulces lágrimas corrían involuntariamente por las mejillas de Marion de Lorme, la naturaleza habia tocado su corazon á pesar de su cabeza; la poesía la llenó de pensamientos graves

y religiosos de que la habia apartado siempre la embriaguez de los placeres; por primera vez le apareció en toda su belleza la idea del amor en la virtud y quedó como tocada por una bairilla mágica, cambiada en una estatua pálida y hermosa.

Corneille, su jóven amigo y el oficial estaban llenos de una silenciosa admiracion que no se atrevian á espresar porque voces bastante altas sofocaron la del sorprendido poeta.

--No se puede aguantar, exclamó Desbarreaux, es de lo insípido que hace daño!

Nada de gracias, de galantería ni de juego, decía friamente Sendery.

--Este no es nuestro inmortal Urfé, decía Baso continuando.

--Dónde está *Ariana*? dónde está *Astrea*? exclamaba gimiendo Godeau el anotador.

En este momento anunciaron al consejero de Thou que saludando modestamente se escurrió tras del autor al lado de Corneille Poquelin y el jóven oficial. Milton volvió á continuar sus cantos, pero cuando fijó los ojos en los que le rodeaban, encontró á su lado cuatro admiradores cuya voz se oyó mejor que la de la asamblea.

Corneille le dijo sin embargo. Escuchadme, si quereis la gloria de ahora, no la espereis de tan hermosa obra. Pocas almas sienten la poesía pura: el vulgo de los hombres necesita que esté enlazada con el interés físico del drama. Yo habia pensado hacer un poema de Polycuete, pero cortaré este asunto, quitaré los cielos y no será mas que una tragedia.

—Qué me importa la gloria del momento? respondió Milton; yo no pienso en el éxito; canto porque me siento poeta, voy á donde me arrastra la inspiracion; lo que ella produce siempre es bueno. Yo haria estos versos, aunque no se hubieran de leer hasta cien años despues de mi muerte.

—Ah! yo los admiro antes que se hayan escrito, dijo el jóven oficial, veo en ellos al Dios cuya imagen encontré iunata en mi corazon.

—Quién me habla con tanta afabilidad? dijo el poeta.

Soy Renato Descartes, replicó suavemente el jóven militar.

—Pues que, exclamó Thou, sois tan dichoso que tengais relacion con el autor de los *Principios*?

--Soy el autor, dijo él.

--Vos señor? pero... sin embargo... perdonadme; vos no sois militar? dijo el consejero lleno de admiracion.

--Señor, qué hay de comun entre el pensamiento y el vestido? Sí, soy militar y estuve en el sitio de la Rochela; me gusta la profesion de las armas, porque sostiene el alma en una region de ideas nobles por el sentimiento continuo del sacrificio de la vida; sin embargo, no llena completamente á un hombre, no se pueden dirigir á ella siempre nuestros pensamientos, los adormece la paz. Por otra parte hay tambien que temer verlos interrumpidos por un golpe oscuro ó un accidente ridiculo é intempestivo, y si muere el hombre en medio de la ejecucion de su plan, la posteridad conserva de el una idea que no era la suya, ó la forma mala y eso es terrible.

De Thou se sonrió de placer al oir este lenguaje sencillo del hombre superior, que era el que mas le gustaba, despues del de el corazon. Apretó la mano al jóven sabio de Turenna y le llevó á un gabinete próximo con Corneille, Milton y Molier y alli tuvieron conver-

saciones que hacen mirar como perdido el tiempo que les precedió y el que debía seguirles.

Dos horas hacia que se encantaban con sus discursos, cuando el ruido de la música de guitarra y flauta que tocaban *minuets, zarabandas* alemanas y bailes españoles que la reina había puesto en moda, el paso continuo de grupos de jóvenes y sus risas, todo anunciaba que comenzaba un baile. Una hermosa joven con un gran abanico como cetro, rodeada de diez pajes entró en su salón retirado seguida de su brillante corte, que dirigia como una reina, y acabó de derrotar á los estudiosos habladores.

--A Dios, señores, dijo Thou, cedo mi puesto á la señorita Lendos y á sus mosqueteros.

--A la verdad, señores, dijo la joven Ninon, os asustamos? os hemos venido á interrumpir? *Parceis conspiradores.*

--Mas lo somos nosotros bailando, dijo Oliverrío d' Entraigues que le daba la mano.

--Oh! vuestra conjuracion es contra mí, señor paje, respondió Ninon mirando á otro galán, y dejando á un tercero el brazo que le quedaba mientras trataban los otros de pouverse en la direccion de sus errantes ojeadas, porque las

llevaba por ellos como la ligera llama que se ve correr sobre la estremidad de las antorchas osciladas alternativamente.

De Thou salió sin que se lo estorbase nadie y bajó la escalera grande cuando vió subir al abate Donad muy sofocado y sudando, que le detuvo con aire animado y divertido.

--Qué es eso? á dónde vais? Dejad ir á los extranjeros y á los sábios, vos sois de los nuestros. Llego un poco tarde; pero nuestra hermosa Arpasia nos perdonará. Por qué os vais? Se ha acabado todo ya?

--Parece que sí; puesto que bailan, se acabó la lectura.

--La lectura sí; pero y los juramentos? dijo en voz baja el abate.

--Qué juramentos? dijo Thou.

--No ha venido el señor Mayor?

--Yo creía verle; pero pienso que ó no ha venido ó se ha marchado.--No, no, venid conmigo, dijo el atolondrado, si sois de los nuestros. Es imposible que no lo seais, venid.

Thou no osando negarse y aparecer desercando de sus amigos ni aun para placeres que le disgustaban, le siguió, abrió dos gabinetes y

baizó por una escalera secreta. A cada paso que daba, oía mas claramente voces de hombres reunidos, Gondi abrió la puerta, y un espectáculo inesperado se ofreció á sus ojos.

La sala, donde entraba una luz tibia y misteriosa, parecia el asilo de las citas mas voluptuosas: á un lado se veía una cama dorada, colgada y llena de plumas, encajes y otros adornos: todos los muebles con relieves de oro eran de seda gris ricamente bordada, pequeñas alfombras de terciopelo había al pie de cada silla sobre recamados tapices. Espejos pequeños unidos entre sí con mil adornos de plata, figuraban un espejo entero, perfeccion desconocida hasta entonces y multiplicaban por todas partes sus resplandecientes faces. Ningun ruido exterior podia llegar desde fuera á aquel lugar de delicias; pero los que allí estaban, muy agenos parecian de los pensamientos que podia inspirar. Una porcion de hombres que reconoció ser de palacio ó de los ejércitos, se agrupaban á la entrada de esta habitacion y se esparcian en otra cercana que parecia mayor: devoraban atentos con los ojos el espectáculo que ofrecia el primer salon. En él, diez jóvenes de pie, puestas en las manos las espadas

desnudas, cuyas puntas miraban á la tierra estaban, formados al derredor de una mesa, su rostro vuelto hácia Cing Mars anunciaba que acababan de prestarle juramento: el caballero mayor estaba solo delante de la chimenea, con los brazos cruzados y profundamente absorto en sus reflexiones. De pie junto á el Marion de Lorme grave y recogida, parecia haberle presentado aquellos caballeros.

Luego que Cing Mars vió á su amigo, se lanzó hácia la puerta que estaba abriendo, echando una mirada terrible á Goudí y cojió á Thou por ambos brazos deteniéndole en el último escalon.

Qué haceis aqui? le dijo con voz sofocada. Quién os trae? qué me queréis? Sois perdido si entráis.

--Y vos, qué haceis? qué és lo que veo en esta casa?

--Las consecuencias de lo que sabeis; retiraos os digo, este aire está emponzoñado por todos los que están aqui.

--Ya es tarde, me han visto: qué dirian si me retirase? los desalentaria y seriais perdido.

Este diálogo pasaba á media voz y rápida-

mente: al decir la última palabra empujó Thou á su amigo, entró y con paso firme cruzó la sala para llegar á la chimenea.

Cing Mars vino encolerizado á recobrar su puesto, bajó la cabeza, se recojió y presentando bien pronto un rostro mas sereno, continuó un discurso interrumpido por la entrada de su amigo.

--Sed, pues, de los nuestros, señores, pero no hay ya necesidad de tantos misterios; acordaos que cuando una idea se apodera de una cabeza firme, debe realizarla con todas sus consecuencias. Vuestro valor va á tener mayor campo que el de una intriga palaciega. Agradecédmelo á mí; en cambio de una conjuracion, hoy voy á dar una guerra. Ha partido el señor de Boná-Hon á ponerse á la cabeza de su ejército de Italia; dentro de dos dias y á vista del rey salgo yo de París para Perpignan; allí vendreis todos, que es donde nos esperan los realistas del ejército.

Al llegar aquí miró en torno suyo confiado y tranquilo y vió en todos señales de alegría y de entusiasmo. Antes de que la contagiosa emocion que precede á las grandes empresas se apo-

derase de ellos, quiso asegurarse otra vez y repitió con aire grave

Guerra, sí, señores pensadlo bien, una guerra declarada, La Rochela y la Navarra se disponen al llamamiento de sus religionarios: el ejército de Italia entrará por una parte, el hermano del rey vendrá á unírseos por otra: el hombre será vencido y derrocado. Los parlamentos irán á retaguardia, llevando su súplica al rey, armatan fuerte como nuestras espadas; y despues de la victoria nos echaremos á los pies de Luis XIII, nuestro señor, para que nos perdoné el haberle libertado de un ambicioso sanguinario y de haber acelerado su resolucion.

Diciendo esto miró otra vez en torno suyo y vió en las miradas y actitud de sus cómplices que se aumentaba su confianza.

--Qué! continuó, cruzando los brazos y reprimiendo su propia emocion, no retrocedéis ante ese propósito que á otros hombres les parecería una rebelion? No pensais que he abusado de los poderes que me otorgasteis? He ido muy adelante, pero estamos en tiempos en que los reyes quieren ser servidos como á pesar suyo. Ya sabéis que todo está previsto. Sedan nos abrirá

sus puertas y tenemos asegurada á España.

Doce mil veteranos entrarán con nosotros hasta París y ninguna plaza se entregará al extranjero, todas tendrán guarnición francesa y se tomarán en nombre del rey.

Viva el rey! viva la union! la nueva union, la santa Liga! exclamaron todos los jóvenes de la asamblea.

--Ya llegó, gritó Cinq-Mars con entusiasmo, el mas hermoso día! Juventud, juventud llamada por todos los siglos frívola é imprevisora! ¿De qué tienen que acusarte hoy? Con un gefe de 22 años se concibe, madura y va á ejecutarse la mayor, mas justa y saludable de las empresas. ¿Qué es, pues, una vida grande sino un pensamiento de la juventud ejecutado por la visibilidad? La juventud con sus ojos de águila mira fijamente al porvenir, en él señala un plano y hecha una piedra fundamental, y todo lo que puede hacer nuestra existencia entera, es acercarse á este primer bosquejo. Ah! cuándo habian de nacer los grandes proyectos sino cuando late el corazon con violencia dentro del pecho? No bastaria el imperio, porque no es mas que un instrumento.

Una nueva explosión de alegría siguió á estas palabras, cuando un anciano de barba blanca salió de la multitud.

—Vamos, dijo Gondi á media voz, ya va á chochar y entiviarnos el viejo caballero de Guisa.

En efecto, cogiendo el viejo la mano de Cing Mars, dijo lenta y penosamente, despues de haberse puesto cerca él:

Si, hijos míos, veo con placer que vais á libertar á mi antiguo amigo Bassompierre y á vengar al conde de Soisson y al joven Montmorency. Pero conviene al ardimiento juvenil escuchar á los que han vivido mucho. He visto la Liga, hijos míos y os digo que no podreis tomar ahora como entonces el título de *Santa Liga, Santa union, protectores de San Pedro y columnas de la iglesia*, porque veo que contais con el apoyo de los *Hugonotes*; no podreis poner en vuestro gran sello de cera verde un trono vacío, puesto que le ocupa un rey.

—Mejor diriais dos, dijo Gondi riéndose.

—Es sin embargo muy importante, prosiguió el viejo de Guisa en medio de aquellos alborotados jóvenes, muy importante, escoger un nom-

bre con el cual simpatice el pueblo: en otro tiempo se tomó el de *guerra del bien público* y últimamente el de *príncipes de la Paz*, ahora se necesitaba uno..... Pues bien! *guerra del rey* dijo Cing-Mars:

--Sí, bien! dijeron Gondi y los demas jóvenes.

--Tambien es esencial, replicó el antiguo ligado recibir la aprobacion de la facultad de teología de la Sorbona que sancionó en otro tiempo las pretensiones de la Liga, y poner en vigor su segunda proposicion; esto es, que puede el pueblo desobedecer y ajusticiar à los magistrados.

---Caballero, dijo Gondi, no se trata de eso: dejar hablar al señor Mayor: lo mismo pensamos ahora nosotros en la Sorbona que en vuestro Santiago Clemente.

Se rieron y repuso Cing-Mars:

--Os he dicho señores todos los proyectos de *Monsieur* del duque de Bonillon y míos, porque es justo que un hombre que juega su vida, sepa á que la juega; pero os he hecho presentes todos los riesgos y reveses terribles y no os he detallado nuestras fuerzas porque no son un se-

creto para ninguno de nosotros. Os iré á contar á vosotros señores de Montresor y Saint-Thibal las riquezas que Monsiur pone á nuestra disposicion? Señores de Locmaria y de Mouí ¿os daré la noticia del número de caballeros que han querido incorporarse en vuestras compañías y escuadrones, para combatir á los cardenalistas; cuántos en Turena y Aubernia donde están las tierras de la casa de Effiat de que van á salir dos mil señores con sus vasallos? Baron de Beauvau necesito deciros el celo y valor de los coraceros que disteis al malogrado conde de Soisson, cuya causa era la nuestra á quien visteis asesinado en medio de su triunfo por aquel á quien habias vencido juntos? Referiré yo á estos señores la alegría del conde duque (1) al saber nuestras disposiciones y las cartas del cardenal infante al duque de Bouillon; hablaré de París al abate Gondi, á Entraigues y á vosotros todos señores que estais viendo su desgracia, su indignacion y su necesidad de levantarse? Mientras todos los reinos estrangeros piden la paz que destruye siempre la mala fe de Richelieu (co-

(1) De Olivares, conde duque de San Lucar.

mo ha hecho rompiendo el tratado de Ratisbona) todas las clases del estado gimen por sus violencias y temen esa colosal ambicion que se dirige á los tronos espiritual y temporal de la Francia.

Un murmullo aprobador interrumpió á Cing Mars. Callaron un momento, se oyó el sonido de instrumentos de aire y el acompasado zapateo de los bailarines.

Este ruido causó un momento de distraccion y aun de risa en los mas jóvenes de los reunidos.

Cing Mars lo aprovechó y levantando los ojos:

--Placeres de la juventud, esclamó, amores, música, divertidas danzas, por qué no ocupais todo nuestro tiempo? por qué no sois nuestras únicas ambiciones? Que de resentimientos no necesitamos tener para venir á hacer resonar nuestros gritos de indignacion en medio de las carcajadas, nuestras temibles confianzas en el asilo de los desahogos del corazon y nuestros juramentos de guerra y de muerte en medio de la embriaguez de las fiestas y de la vida.

Desgraciado de aquel que entristece la juven-

tud de un pueblo! Cuando las arrugas surcan la frente del jóven, se puede decir desde luego que las ha hecho el dedo de un tirano. Las demas penas de la juventud, desesperan tal vez, pero no consternan. Ver pasar en silencio todas las mañanas esos estudiantes sombríos y tristes, cuya frente está líbida, su paso es lento, y su voz débil; parece que temen vivir y dar un paso hácia lo futuro. Qué hay pues, en Francia? Un hombre demás.

Sí, continuó, he observado por dos años la mancha insidiosa de su ambicion. Sabidos son sus extraños procedimientos sus comisiones secretas, sus asesinatos jurídicos, príncipes, pares, mariscales, todo lo ha atropellado; no hay en Francia una familia que no pueda mostrar alguna señal dolorosa de su conducta. Si nos mira á todos como enemigos de su áutoridad, es porque quiere que no quede en Francia otra cosa que la suya, cuando no tenia hace 20 años mas que uno de los mas miserables feudos de Poitou. Los parlamentos humillados no tienen ya voz; los presidentes de Mesme Novior y Beliegre, os han dicho su valerosa, aunque inútil resistencia para condenar á muerte al duque de la Valette.

Los presidentes de tribunales supremos han sido encarcelados, proscriptos y entredichos, cosa inaudita! cuando han hablado en pro del rey ó del pueblo, quién ocupa los primeros puestos de justicia? Hombres infames y corrompidos que chupan la sangre del pais. París y las ciudades marítimas sujetas á impuestos, las campiñas arruinadas por los soldados, sargentos y guardias de su policia; los paisanos reducidos á alimentarse de animales muertos por la peste ó el hambre, y huyendo á pais extranjero: tal es la obra de esta nueva justicia. Es verdad que esos dignos agentes han hecho acuñar moneda con el busto del cardenal duque. Vedlas aquí.

Y el caballero mayor echó sobre la mesa, una porcion de doblones de oro en que estaba Richelieu. Un nuevo murmullo hácia el cardenal se oyó en toda la sala.

Y creéis al clero menos envilecido y descontento? No. Los obispos han sido juzgados contra las leyes del reino y sin el respeto debido á sus sagradas personas. Se han visto corsarios de Argel mandados por un arzobispo. Hombres de la nada han llegado á ser cardenales. El ministro mismo devorando las cosas mas santas se ha he-

cho elegir general de las órdenes del Cister Cluny Premostratense, encarcelando los religiosos que le negaban; jesuitas, carmelitas, franciscanos, agustinos, dominicos, se han visto en la precision de elegir en Francia vicarios generales para no entenderse en Roma con sus propios superiores, porque quiere ser el patriarca de Francia y gefe de la iglesia galicana.

—Es un cismático, un mónstruo, clamaron muchas voces.

—Su marcha es bien visible, señores, anda tras del poder espiritual y temporal, poco á poco se ha ido acantonando contra el mismo rey en las plazas mas fuertes de Francia, ha tomado las embocaduras de los principales rios, los mejores puestos del océano, las salinas y todas las garantías del reino. Fuerza es libertar al rey de esta opresion. El *rey* y la *paz* será nuestro grito. La Providencia hará lo demas.

Cinq Mars sorprendió con su discurso á la asamblea y aun al mismo Thou. Nadie le habia oido hablar hasta entonces mucho tiempo seguido, ni aunen conversaciones familiares, ni habia dejado entrever en la menor palabra su aptitud para los negocios públicos: por el contrario ha-

bia afectado un descuido grande aun á los ojos de aquellos que le habian de servir en sus proyectos, no mostrándoles mas que una virtuosa indignacion contra las violencias del ministro y aparentando no sentar idea ni opinion suya, por no haecer ver que su ambicion personal era el blanco de sus trabajos. La confianza que le manifestaban, descansaba en su favor y valentías. La sorpresa fue pues, bastante para causar un momento de silencio, que pronto fue interrumpido por los trasportes de franceses jóvenes ó viejos, cuando se les presenta un porvenir de combates, cualquiera que sea.

Entre todos los que vinieron á apretar la mano del jóven gefe del partido, el abate Goudá saltaba como un cabrito.

—Ya he alistado mi regimiento: decia, tengo hombres valientes.

Despues dirigiéndose á Marion de Lorme:

—Por vñla mia, señorita, quiero llevar vuestros colores, vuestro lazo pardo rojizo y vuestra orden de la *papeleta*. La divisa es buena.

Me quemó yo por abrazar á otros!

Quisiera que pudierais ver todo lo que vamos á hacer de bueno, si por dicha véuimos á las manos.

La hermosa Marion que no gustaba mucho de él, se puso á hablar por cima de su cabeza con Thou: modificacion que exasperaba siempre al abate. Asi es que la dejó repentinamente, estirándose y jugando desdeñosamente con su bigote.

De repente se notó silencio en la asamblea. Un papel arrollado dió en el techo y vino á caer á los pies de Cinq Mars. Lo cojió, desarrolló despues de haber mirado vivamente á su alrededor; en vano ñnquirió por dónde habia venido: la admiracion y la curiosidad estaba en los rostros de todos.

—Aquí está mi nombre mal escrito, dijo, con frialdad.

Á CING-MARCS

CENTURIA DE NOSTRA DAMUS (1).

«Cuando *el capelo* entre por la ventana
cortarán la cabeza á *cuarenta onzas*
y *todo se acabará.*»

Señores, hay un traidor entre nosotros, aña-

(1) El calemburg de este pasquín consiste en la alteracion ortográfica del nombre de Cinq Mars, que como se ve pusieron Cinq Mares, lo que quiere decir cinco mares que componen cuarenta onzas.

dió tirando ese papel; pero qué nos importa? Nosotros no nos asustamos de esos sangrientos juegos de palabras.

—Es preciso buscarle y echarle por la ventana, dijeron los jóvenes.

Entretanto la asamblea habia pasado una sensacion desagradable. Todos se hablaban al oido y con desconfianza. Se retiraron algunos y la reunion se aclaró. Marion de Lorme no cesaba de decir que echaria todos los de su casa, que solo podian ser sospechosos. A pesar de sus esfuerzos hubo frialdad en la sala. Las primeras frases del discurso de Cinq-Mars dejaban tambien inciertas las intenciones del Rey y esta franqueza intempestiva habia desanimado algun tanto á los caracteres menos firmes..

Goudi se lo hizo notar á Cinq-Mars.

—Escuchad le dijo creedme, yo he estudiado las conspiraciones y asambleas, hay cosas puramente mecanicas que se necesita saber, seguid en esto mi opinion, porque lo entiendo. Necesitan una palabra mas y emplead el espíritu de contradiccion; esto siempre triunfa en Francia y asi los reanimareis. Haced como que los quereis sujetar á la fuerza y ellos se quedarán.

Parecióle bien al caballero mayor, y adelantándose hácia los mas comprometidos, les dijo:

--Por lo demas, señores, yo no quiero que nadie me siga á la fuerza: bastantes valientes nos esperan en Perpiñan, y la Francia entera es de nuestra opinion. Si alguno quiere retirarse con seguridad, y hable le daremos los medios de que quede sin compromiso.

Ninguno quiso oír hablar de esta proposicion, y el movimiento que ocasionó hizo renovar el juramento de odio contra el ministro.

Cinq-Mars continuó preguntando á algunas personas que iba escogiendo bien porque acabó por Montresor, que dijo se hubiera matado si hubiese tenido tal pensamiento, y por Goudi que dijo, levantándose orgullosamente sobre los talones.

--Señor caballero, mi retirada es el arzobispado de París, y la isla de nuestra señora: allí me haré un buen lugar para que no me lo quiten.

¿Y cuál será el vuestro? dijo á Thou.

--Vuestro lado, respondió éstebajando los ojos, no queriendo dar importancia á su resolucion, ni aun con la firmeza de su mirada.

—Lo quereis, pues bien! acepto, dijo Cinq-Mars. Mi sacrificio es mayor que el vuestro.

Despues volviéndose hácia la asamblea:

Señores, dijo, veo en vosotros los últimos hombres de la Francia; porque despues de los Clumorany, los Soisson, vosotros solos osais levantar una cabeza libre y digna de nuestra antigua libertad. Si triunfa Richelieu, se hundirán con nosotros los antiguos cimientos de la monarquía: la corte reinará sola en vez de los parlamentos, antiguas barreras, y al mismo tiempo poderosos apoyos de la autoridad real; pero vencamos y la Francia nos deberá la conservacion de sus antiguas costumbres y fueros. Por lo demas, señores, seria lástima descomponer un baile por esto: ya oís la música, las señoras esperan: vamos á bailar.

—El cardenal pagará los violines, dijo Goudí.

Los jóvenes aplaudieron riendo y todos subieron al salon de baile, como hubieran ido á bañarse.

FIN DEL TOMO TERCERO.





